

# LOS ESCRITORES EN LA ESCUELA



**JULIO DAGNINO**

Compilador

CASA DE LA LITERATURA PERUANA | COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA

## **Julio Dagnino**

(Lima, 1928)

Se ha dedicado por más de tres décadas al desarrollo de proyectos de Educación Popular. Dirigió la revista *Autoeducación* desde sus inicios en 1981 hasta su cierre en 2003. A comienzos de la década del 2000 abordó la investigación psicopedagógica y publicó *Desarrollo cognitivo en niños y niñas que estudian y trabajan* (2005). Actualmente, es miembro asociado del Instituto de Pedagogía Popular.





# **LOS ESCRITORES EN LA ESCUELA**



# **LOS ESCRITORES EN LA ESCUELA**

**JULIO DAGNINO**  
Compilador

CASA DE LA LITERATURA  
PERUANA | COLECCIÓN  
INTENSIDAD  
Y ALTURA

COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA, 2

Colección de textos originalmente publicados en la revista *Autoeducación*

Los escritores en la escuela

- © De sus respectivos textos: Cesáreo Martínez, herederos de José Watanabe, Gustavo Valcárcel, Cronwell Jara, herederos de Magda Portal, Marco Martos, Jorge Pimentel, Pedro Escribano, Rosina Valcárcel, Juan Cristóbal, Augusto Higa, Luis Urteaga Cabrera, herederos de Esther Castañeda, Jorge Eslava, Julio Dagnino, Diana Amaya.
- © De las fotografías: Archivo del diario *El Peruano*

De esta edición

- © Instituto de Pedagogía Popular  
Coraceros 260, Pueblo Libre  
Lima 21, Perú  
+51.1 423.0347  
<http://www.ipp-peru.org.pe>
- © Programa Educación Básica Para Todos  
para su sello Casa de la Literatura Peruana  
Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima  
+51.1.426.2573  
[publicaciones.casaliteratura@gmail.com](mailto:publicaciones.casaliteratura@gmail.com)  
[www.casadelaliteratura.gob.pe](http://www.casadelaliteratura.gob.pe)

Edición: Jaime Vargas Luna

Cuidado de edición: Dante Gonzalez Rosales

Corrección de textos: Daniel Gonzales

Investigación y edición fotográfica: Herman Schwarz

Diseño y diagramación: Jenny La Fuente

Primera edición digital, mayo de 2019

ISBN: 978-612-48004-3-6

Esta antología se publica en el marco de la exposición *Maestros escritores. Experiencias inspiradoras de literatura en la escuela* realizada por la Casa de la Literatura Peruana, en Lima, de mayo a diciembre de 2018.

Esta edición digital es de libre acceso y de descarga gratuita, siempre que se cite la fuente. Está prohibida su comercialización.





## COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA

*Intensidad y altura de la literatura peruana* es el nombre de la exposición permanente de la Casa de la Literatura Peruana, que lo toma, a su vez, del poema de César Vallejo. La exposición presenta un panorama literario del país del siglo XVI al XX en relación con la riqueza y complejidad de sus identidades, y propone miradas plurales que pongan en diálogo obras, estilos y pensamientos de diversas épocas.

Esta visión panorámica es narrada a partir de ciertos temas: las lenguas en las que imaginamos, nombramos y poetizamos el mundo; las formas en que narramos nuestros des/encuentros culturales y las constantes búsquedas e invenciones de identidad individual y social; los debates históricos sobre el *deber ser* de la literatura (y de la sociedad) peruana; las maneras en que escribimos, leemos e inventamos las ciudades y la modernidad; la corporalidad del lenguaje y su capacidad para trascender racionalidades y explorar subjetividades; y, finalmente, la puesta en valor de las miradas de los autores sobre el mundo y el acto de crear.

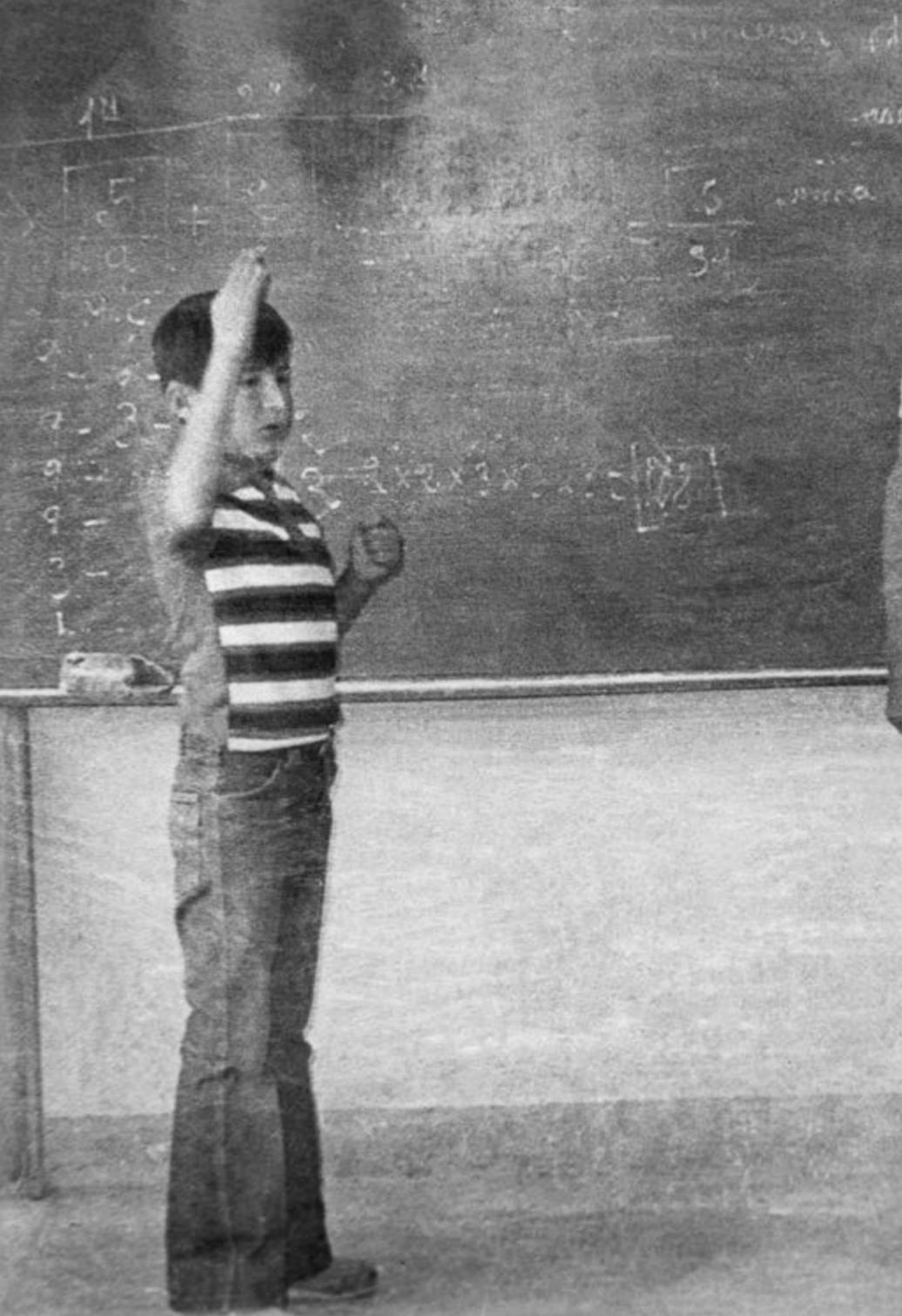
La colección *Intensidad y Altura*, que ahora presentamos, profundiza la propuesta de la exposición permanente a través de la publicación de títulos procedentes de las exposiciones temporales de la institución. Los cuales, puestos en circulación —ya sea por primera vez o en labor de recuperación— permitirán la ampliación, el enriquecimiento y la renovación de la tradición literaria peruana.























DANIEL  
DE TRAYTES

LA ACADEMIA

CARMEN

CRISTÓBAL

BACH

REY

DIA MENSUAL \$50.

AMERICA  
TITULO





## PRESENTACIÓN

*Los escritores en la escuela* reúne catorce relatos autobiográficos sobre memorias escolares publicados entre 1982 y 1995 en la revista *Autoeducación*. Julio Dagnino, su director, invitó a diversos narradores, poetas y maestros a evocar su etapa escolar de manera libre. Fue compilando estos textos a lo largo de dos décadas e intentó, por otras dos, su publicación en forma de libro. Este deseo se concreta en la presente coedición preparada por el Instituto de Pedagogía Popular, que albergó la revista desde su duodécimo número, y la Casa de la Literatura Peruana, en el marco de su exposición *Maestros escritores. Experiencias inspiradoras de literatura en la escuela*. El título del libro fue propuesto por José Watanabe, quien preparó una de sus versiones preliminares. I

La exposición temporal *Maestros escritores. Experiencias inspiradoras de literatura en la escuela* propone a la literatura como provocadora de subjetividades y transmisora de horizontes culturales entre generaciones, y a la escuela, como un espacio de creación. La exposición parte de la experiencia, los recuerdos, testimonios y publicaciones de narradores y poetas nacionales que fueron también maestros, y cuya práctica pedagógica tuvo a la literatura como territorio de aprendizaje y de vinculación entre escuela y comunidad. *Maestros escritores* apela a la imagen del maestro narrador y del testimoniante como ideas fuerza para reflexionar sobre las posibilidades de la literatura en la escuela peruana.

Desde estas perspectivas, consideramos enriquecedor compartir los testimonios reunidos en esta publicación. Las distintas memorias de estos escritores y escritoras muestran cómo fue su acercamiento a la lectura, la fabulación, el relato; pero también son una oportunidad para pensar múltiples aspectos de la educación: ¿qué significa ser maestro o maestra?, ¿qué esperamos de la escuela como maestro o estudiante?, ¿nos gusta la escuela?, ¿por qué vamos a una u otra?, ¿qué sentimientos anidan en el patio, en el salón de clases, en la salida?

I *Los escritores en la escuela* reúne un universo de textos compilados por Julio Dagnino y de fotografías reunidas por Herman Schwarz. La selección fotográfica sobre la escuela peruana a lo largo del siglo XX se presenta a manera de relato y propone una forma de ingresar a los distintos ambientes, sensaciones y situaciones que podemos encontrar en las escuelas del país, y en los espacios que la rodean. Sugiere también algunos vínculos con la comunidad y las posibles condiciones sociales y culturales que los motivan. Por otro lado, los catorce textos seleccionados (de un grupo mayor de relatos aparecidos en *Autoeducación*, y que merecen ser estudiados en conjunto) evidencian los distintos rostros de la escuela; de quienes la componen y la diversidad de huellas que esta deja. Estos textos han sido organizados bajo tres miradas, a partir del tipo de memoria que enfatizan: comunidad, rebeldía y voces de maestros.

Más de la mitad de los textos (ocho), resaltan la formación o afirmación de sus vínculos con algún tipo de comunidad en sus recuerdos escolares. Estas relaciones afectan de algún modo sus aprendizajes, sus sensibilidades. Así se observa cómo la escuela es un espacio en diálogo constante con el espacio

que le rodea. Cesáreo Martínez enlaza en su relato escuela, familia y su barrio en Cotahuasi. José Watanabe revive con humor la rutina y la atmósfera de la hacienda en la que creció y de la cual la vida escolar hacía parte. Por su parte, Gustavo Valcárcel narra las dificultades de la vida de los estudiantes de un internado en Lima, dificultades no tan lejanas, en el fondo, a las que también desarrolla Arguedas para el Abancay de *Los ríos profundos*. Cronwell Jara expone su acercamiento a la lectura y la literatura a través de dos maestras cuyas prácticas en el aula son opuestas. Magda Portal nos aproxima a la formación de su conciencia crítica en medio de su precariedad social. Marco Martos, entretanto, conmemora el descubrimiento de un espacio y una mirada nuevos a partir de un cambio de colegio en Piura. Jorge Pimentel recuerda, como Portal, el despertar de su mirada crítica de la sociedad, a la vez que sus penurias familiares. Finalmente, Pedro Escribano evoca su crianza en Acarí, recordando su escuela y valorando, fundamentalmente, su experiencia de la vida rural.

Otros cuatro textos giran alrededor de la idea de rebeldía. La escuela como un espacio donde anidan imágenes de la sociedad, también donde se replican sus dinámicas o formas de pensar. En el primer caso, Rosina Valcárcel cuenta las peripecias de su familia y sus aprendizajes particulares a partir del exilio familiar, producto de la posición política de su padre. Los otros tres plantean, en cambio, la rebeldía como una respuesta ante la escuela. Juan Cristóbal traza paralelos entre su actitud escolar y la que desarrollará en la vida, evidenciado el lado más rígido y opresor de la escuela. Augusto Higa propone o evidencia el vínculo entre su dura pero alegre experiencia escolar con la de toda su generación, y seguramente también con la de sus

lectores. Luis Urteaga Cabrera, en cambio, regresa al lector al entorno rural para recordar con nostalgia al burro con el que lo castigaban en la infancia.

Voces de maestros, la tercera mirada propuesta en el libro, explora la formación y el desarrollo de la vocación por la carrera docente, expresada en dos textos. En el primero, Esther Castañeda evoca y homenaja a la maestra que le reveló su amor por la literatura y, sin duda, también por la enseñanza. En el último, Jorge Eslava explora tanto los altibajos de su etapa de escolar como aquellos de su etapa de maestro, enfatizando más bien el aprendizaje que forjó ya como docente, de la mano de un educador modelo.

*Los escritores en la escuela* aporta miradas que ayudan a preguntarnos sobre la educación y el lugar de la literatura en la formación individual y comunitaria. A la vez, busca recuperar y reconocer el trabajo realizado a lo largo de varias décadas por la revista *Autoeducación*, empeñada en desarrollar una educación popular que forme ciudadanos críticos y libres; objetivo para el cual la literatura cumple un rol fundamental.

Diana Amaya

## PRÓLOGO

Después de varios años, vuelvo a leer los relatos de vida escolar urbana y rural que catorce narradores y poetas nacionales escribieron entre los años 1982 y 1995. Durante trece años, esas experiencias que recuerdan con ternura y reclamos a sus profesoras, profesores, compañeras y compañeros de aula fueron publicándose año a año en la sección "Narrativa" de la revista *Autoeducación* (AE)<sup>1</sup>. Se inauguraba así una línea que relacionaba educación y literatura. Durante varios años esas narraciones permanecieron disponibles solo para consulta en la biblioteca del Instituto de Pedagogía Popular (IPP), hasta que se nos ocurrió la idea de trabajar el machote de una posible antología, que se concreta por fin.

I

Al releer esos escritos, la memoria me remite a todo el periodo en que se editó la revista (1981-2003). Cómo no recordar el esfuerzo para que se editara durante 22 años sin

---

1 La revista apareció en julio de 1981 bajo el sello editor del Centro de Información, Estudios y Documentación (CIED). A partir del número 12 pasó a publicarla el Instituto de Pedagogía Popular (IPP). Es necesario destacar el compromiso —a toda prueba— de Alejandro Cussiánovich Villarán y de Sigfredo Chiroque Chunga; la contribución de dos destacados artistas: Lorenzo Osore, quien confeccionó el diseño inicial, y Thomaz Grahl, quien lo finalizó; las imágenes y dedicación de los fotógrafos Jorge Paz, Cia Lindkvist, Herman Schwarz y Víctor Mallqui; las finas ilustraciones de Gredna Landolt; y la composición de Betsy Palomino desde los primeros números. También, en el consejo de redacción, resultaron insustituibles la profesora Sonia Henríquez, Marta López de Castilla, Luis Miguel Saravia, Virgilio Mendo y Emilio Morillo. Forjadores todos de un colectivo comprometido con una nueva educación para el país.

interrupción, hasta que se disolvió en el aire. Después, docentes y alumnos acudían a la biblioteca del IPP para consultar, entre otros materiales, a los que fueron sus escritores favoritos en la sección "Narrativa". Hasta que —bajo la divisa que había animado la fundación de la revista: contribuir con la Educación Popular— decidimos compilar los relatos y darles una nueva forma en un machote que, durante más de una década, dio vueltas entre algunos editores. Parecía que ese machote también se disolvería en el aire, pero tal parece que esos escritos tenían fijado su destino: esperaban esta convergencia con la Casa de la Literatura Peruana para dar a luz *Los escritores en la escuela*.

### **Escribir es un acto y un compromiso**

I Cuando *Autoeducación* se fundó, pretendía convertirse en el órgano de un frente político de carácter pedagógico. Influidos por Mariátegui, asumíamos como nuestro el sentido del editorial del primer número de *Amauta*, donde se proponía como un frente que: "no representa un grupo. Representa más bien un movimiento, un espíritu". Esa fue la línea y definición de la revista y de la sección que hermanaba la manifestación de Jean Paul Sartre, proclamando que: "Escribir es un acto. Es un compromiso". Acto y compromiso —sosteníamos— de mantener la conducta dentro de los parámetros de la verdad, justicia y libertad. Es decir, hacer de la ética una práctica moral. Con la revista, buscábamos ofrecer una alternativa al control cultural y político que los grandes medios de comunicación privados buscan ejercer desde sus redes hegemónicas de poder.

La prueba de fuego de esa búsqueda por relacionar educación y literatura fue la colaboración de Augusto Higa.

Apareció en el número 3, en 1982. He allí —decíamos— la primera piedra narradora de Higa en base a su voluntad de verdad sobre uno de los hechos de mayor significación en su vida escolar. Sin querer, señalaba un orden para una sección abierta en la que los colaboradores dejaban fluir su escritura, sin pautas ni cuestionarios. Eso contribuyó a recrear una serie de estampas escolares que hoy retornan en esta compilación.

Los acontecimientos vividos en la década del cincuenta se yuxtaponen con la coyuntura vivida por nuestros narradores y poetas. Durante el llamado Ochenio de Odría se construyeron amplias obras de infraestructura escolar y de salud, lo cual también permitió el enriquecimiento del general y la corrupción de sus allegados. Entre esas obras se edificaron las Grandes Unidades Escolares (GUE) y el Plan de Educación que normaba el uso de vestimenta tipo militar y de color caqui. Era un plan que buscaba dar cobertura escolar en medio de la adecuación social al discurso militar. I

Esa adecuación social toleraba "la letra con sangre entra". Y ese dicho y obra generó el rechazo frente a la violencia y buscó enterrar, para siempre, los instrumentos de tortura infantil, tales como palmetas, correazos, chicotes, cocachos, etc. Felizmente, hoy los avances educativos promueven que la niña y el niño sean por fin los protagonistas en el proceso de enseñanza / aprendizaje.

### **En busca de lo concreto**

Las críticas y avances se fueron sistematizando durante las décadas posteriores, en especial entre 1980 y mediados de los noventa, en medio de un auge de medios de comunicación populares (como revistas, historietas, etc.). Allí, nuestros

I narradores y poetas mostraron su compromiso y ejercieron su praxis<sup>2</sup>. Cabe destacar aquí el compañerismo del poeta José Watanabe, quien se interesó por actualizar el machote ante la posible publicación de una antología de las narraciones aparecidas en *Autoeducación*. Así, propuso una nueva selección a la que entusiasmado tituló *Los escritores en la escuela*. El machote pasó de editorial en editorial. En esos trajines no faltaron los contratiempos. El triste deceso de José (que ahora pasea *allá arriba, por leve suelo*, como diría otro poeta) marcó un alto. Su hermano Enrique tomó la posta. Sin embargo, hubo que esperar otro intermedio hasta que el amigo librero Carlos Carnero posibilitó un encuentro entre *Autoeducación* y la Casa de la Literatura, gracias al cual se hace realidad este libro, producto también del esfuerzo de Herman Schwarz, gran fotógrafo y antiguo colaborador y amigo, de Jaime Vargas Luna, exeditor de la Casa de la Literatura, y de todo el equipo de esta institución. Fiel a su concepción original, *Los escritores en la escuela* se publica para circular libre y gratuitamente, sin convertirse en mercancía. Finalmente, estos textos encuentran la morada que sus autores esperaban.

Los trajines literarios y educativos de las décadas de 1980 y 1990 dejaron enseñanzas y aprendizajes para profesores, alumnos y escritores que conviene retomar para asaltar con la imaginación creadora los nuevos tiempos de internet y redes

---

2 Por ejemplo, con el poeta José Watanabe y el cineasta Francisco Adrianzén (colaboradores de *Autoeducación*) exploramos otros medios en función de las necesidades e intereses populares; debatiendo, por ejemplo, la aplicación y tratamiento de la fotonovela desde lo pedagógico, así como las posibilidades de uso de las técnicas del cine como herramientas pedagógicas. Intentamos así un proyecto de fotonovela que quedó, lastimosamente, inconcluso.

sociales, y así crear un discurso futuro que emane de y para nuestro pueblo.

Si bien para la presente publicación los textos han sido organizados temática y no cronológicamente, tal como se explica en la presentación, en lo que sigue hacemos el recuento cronológico de aquellos incluidos aquí, contextualizándolos más bien en la memoria de la revista y en sus tiempos de escritura y ofreciendo otra entrada para su lectura. Resaltamos, además, que las particularidades de los escritos no están exentas de contradicciones.

### **El necesario encuentro entre el escritor y lo educativo**

En el año 1982 aparecieron tres relatos en la revista: la primera semilla fue de Augusto Higa: "De escuelas: la mía... la tuya... la nuestra". Él nos dice que su escuela no tenía nombre: "éramos los del 428 del Cercado de Lima". Tampoco deja de apuntar que: "dictadura sonaba a país de machos y pólvora", que grafica el espíritu de la época. En el número 4, agosto - noviembre del mismo año, publica el poeta Juan Cristóbal, heterónimo de José Pardo de Larco. En su relato "Mi infancia y mis colegios", bosqueja dos rasgos de su personalidad: la vocación poética y la política revolucionaria. Comienza su introducción con un símil entre su infancia y el poema de Valdelomar: "Mi infancia, que fue dulce, serena, triste y sola, / se deslizó en la paz de una aldea lejana, / entre el manso rumor con que muere una ola / y el tañer doloroso de una vieja campana". Y luego agrega: "El colegio siempre me pareció, como después las cárceles que conocí, de una soledad inenarrable". Las cárceles las padeció por su militancia revolucionaria. En diciembre del

I

año mencionado, el destacado poeta Marco Martos publica "Evocación", y declara al final de su testimonio que conserva "un orgullo secreto que ahora escribo por primera vez, por haber estudiado ahí [en el colegio San Miguel de Piura], pero nunca he podido cumplir mi fantasía de adolescente de regresar como profesor".

I En octubre del año siguiente se publica "Sin ira y con nostalgia" del poeta José Watanabe, quien en esos años estaba embebido como guionista cinematográfico. Y utiliza la técnica del guion de cine para, en una fina y rica prosa, pintar su escuela en Laredo, la antigua hacienda de los Chopitea que luego fue comprada por los Gildemeister. Con ellos: "La escenografía de cortinajes y sillas de Viena de la antigua burguesía agraria fue desmontada por estos alemanes que habían venido a modernizar". Su lenguaje se vuelve tierno cuando se refiere a su familia: madre y nueve hermanos. Quienes han leído a Watanabe sin duda dirán que este texto es una de las prosas más bellas escritas por el poeta.

Cesáreo Martínez testimonia sus vivencias escolares en "A La Glorieta me voy" en 1984. El inicio de su relato se ubica en las calles de su añorado Cotahuasi, "empedradas con lindas piedras de colores bruscos, sobre todo la principal, por donde corría una acequia que servía para regar el empedrado". Sin embargo, es La Glorieta donde los niños y niñas —de transición del Centro Escolar 916— encontraban un paraíso donde podían "gozar solo por la visión de los árboles que sobresalían a los muros". No deja de ser atrayente el relato cuando dice: "Era mayo, mi primer año de escuela...", y recuerda que "en mayo es la fiesta de la Santa Cruz". Y continúa: "Yo no tuve mayos para ver esas cosas, pero sí este, en el que la señorita Olga

Pérez Vela entró a mi salón para decirnos que levantemos la mano quienes queríamos ir a La Glorieta".

En 1985 publicó Magda Portal. Nos llegó una alegría inmensa cuando conseguimos su colaboración. De ella, José Carlos Mariátegui había escrito: "Magda Portal es ya otro valor-signo en el proceso de nuestra literatura". Autora comparable, a nivel latinoamericano, con Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou. Cuenta en su texto "La vieja casa y sus fantasmas", publicado en el número 14, de julio de 1985, que a los tres años ya sabía leer y que al colegio llevaba su silletita y que alrededor de los doce años de edad: "mi madre y yo tuvimos noticias de un nuevo colegio, en el cual se instruía a señoritas de medianos conocimientos para optar una carrera comercial". Y agrega: "El colegio tenía un nombre en cierto modo excluyente, pues se titulaba *colegio para señoritas*". Ahí pasó "cuatro largos años cursando media-comercial y contabilidad, de lo que ya no me acuerdo". Para entonces ya escribía versos y "la profesora solía requisarme mis cuadernos". Durante sus años escolares, los primeros del siglo XX, la educación se orientaba entonces bajo los dictados de la hegemonía civilista y la República Aristocrática.

I

### **Los poetas también van al colegio**

Los poetas Jorge Pimentel y Gustavo Valcárcel, de generaciones distintas, pero unidos por su rebeldía, publicaron en 1986 dolidas experiencias en la escuela. Pimentel, en "Los poetas también van al colegio", utiliza una prosa viva y rápida para sus ilusiones adolescentes, donde las calificaciones marcaban ya su inclinación por la literatura. Y en una pausa se pregunta: "¿Qué aprendí del colegio, qué me enseñaron? Aprendí a querer

a los maestros mal pagados, con seis hijos y sin afeitado. Por más que unos malos profesores me remachaban las virtudes de la IPC (International Petroleum Company), no atraqué nunca [...] El colegio fue para mí, comprender que había ricos y pobres". Así, la militancia con la poesía lo llevó a fundar Hora Zero, un movimiento contestatario y comprometido de los jóvenes poetas. Vale leer el testimonio sentido en el alma de Gustavo Valcárcel, vale su prosa de poeta, ya no del que oficiaba como purista. De la poesía pura Gustavo se orientó al compromiso de la literatura con la causa revolucionaria. Él nos dice que ya en la escuela se había "convertido en un joven rebelde". Compartía con el poeta Rimbaud la consigna de cambiar la vida. Más aún cuando vivió en la década de 1960, en la que los jóvenes se orientaban en el Norte por el *hippismo* de Jimi Hendrix y Janis Joplin, mientras que en el Sur, por las guerrillas del Che Guevara y Fidel Castro.

I

En octubre de 1987 Cronwell Jara publicó "Mi niñez en la escuela". Gloria y Chipoca son las profesoras que marcan su infancia. La primera "era profesora, profesional y eficiente, además de hermosa; había organizado una especie de escolita, a la vez que jardín, en la sala de su misma casa". Cuando Jara pasó al primer grado se encontró con la profesora Chipoca, al sentir del alumno "[...] la mujer más endemoniada y cruel que, como profesora, he conocido!" Mientras la profesora Gloria enfatizaba lo afectivo, la profesora Chipoca aplicaba a los alumnos las ideas del temible "¡apáchenlo!", refrendadas por algunos padres de familia del colegio.

Pedro Escribano publica "Donde se inventó la palabra acariciar" en setiembre de 1988. "Para algunos, Acarí es un lugar donde el diablo perdió el poncho; para mí, donde se inventó

la palabra acariciar", y sigue relatando que ingresó a la escuela 14006, pero: "Para mí, aunque me equivoque, la gran escuela fue el campo". Después ingresó a media y su tía exclamó: "Tus hijos se van a volver locos... el estudio es fuerte". Este comentario sembró miedo y espanto en los padres, de tal manera que la mamá les daba "caldo de cabeza de chinguillo (un pajarillo) y dispuso para cada uno una gallina negra. Nadie se volvió loco". Así estudiaba en Acarí, "hasta que un día amanecí en esta ciudad enorme, ruidosa y turbia que un día se detuvo como un corazón: 19 de julio de 1977; por eso la amo y la honro".

### **Ver la educación con mejores ojos**

En mayo de 1989 aparece "Discípulo y maestro" de Jorge Eslava. Su modo de narrar se diferencia de los otros testimonios ya que desarrolla, de forma atractiva, su papel como alumno y después como docente, en tres cuadros. El lector va conociendo al personaje que estudia primero en La Salle —ni amigos ni alegrías— y luego en el Domingo Nieto —periodo grato—, donde: "Recuérdalo: tuviste grandes amigos". El profesor Eslava hace recordar a su personaje cuando llega al colegio Los Reyes Rojos, donde lo "impresionó la traza de sus profesores, en especial su director"; sin duda alguna el insigne profesor Constantino Carvallo, de quien aprendería "a ver la educación con mejores ojos".

Pasaron dos años sin que la sección saliera a luz, pero reapareció en diciembre de 1992, cuando Luis Urteaga Cabrera publicó: "Compañero inseparable de mis primeras letras", que se desarrolla en un escenario rural contando su acercamiento al personaje principal: un burro cargador de leña. "El alumno que no supiera repetir algún pasaje de la mitología griega y latina, se

hacia acreedor a cargar de leña al burro, conducirlo por las calles del pueblo y ofrecerla a grito pelado a los posibles compradores". Por momentos, Urteaga Cabrera nos hace recordar a Platero, el tierno burro de Juan Ramón Jiménez, sobre todo cuando dice: "jamás encontré un compañero tan generoso y discreto, tan irreverente y solidario, cómplice mío en aquel vano intento del profesor por hacerme un civilizado a la manera grecolatina".

En mayo de 1993 la poeta Esther Castañeda publica "Las escuelas que hay en mí". Los doce años fue también la edad que parece recuerdan más nuestros escolares. A esa edad ella se propuso leer *El Quijote* junto a Margarita, su amiga entrañable. Su acercamiento a la literatura lo tendrá en una clase de su profesora Delia Moreno Ávila, al leer *La Malquerida* de J. Benavente. El lector presenciará el descubrimiento de un nuevo mundo para la autora: "Miss Delia corregía las pausas, la entonación, él énfasis. Desde mi asiento vislumbé una dimensión que nunca me había interesado, un mundo de sonidos y silencios".

I

La serie "Narrativa" cerró en 1995 con el trabajo de Rosina Valcárcel, "Bajo mi carpeta, escondida". Rosina es hija del poeta Gustavo Valcárcel y de su musa Violeta Carnero; toda una familia de poetas y sociólogos. Se trata de una poeta mayor dada su destacada labor en la lucha contra la injusticia y en favor de una sociedad futura, lo cual tiene su antecedente en el relato que nos ofrece en esta compilación. Su primera experiencia educativa tiene sus raíces fuera del país: en Guatemala y sobre todo en México, donde sus padres fueron desterrados políticos. Allí aprendió las primeras letras y conoció a su maestra Julia Cabrera y también cantó el himno "Mexicanos al grito de guerra...". Por su parte, Luis de la Puente Uceda le enseñó a

cantar el himno nacional del Perú. Después volvería a la patria, se matricularía en el Montessori School para luego entrar al Teresa de González de Fanning. Es así como nos encontramos ante un rico testimonio de poesía, educación y revolución.

La reaparición de estos textos, ahora compilados como libro y coeditados por la Casa de la Literatura Peruana y el Instituto de Pedagogía Popular, permite, por un lado, recuperar varias memorias sobre literatura y educación: la infancia de los escritores aquí incluidos, que va de inicios de siglo veinte a la década de 1950, y la memoria de la coyuntura social y política en que se escribieron estos textos, entre las décadas de 1980 y 1990. Por otro lado, este libro abre nuevas posibilidades comunicativas ante el presente y el futuro, y nos permite acercarnos a la pluralidad de sentidos sobre la educación que nos deja cada uno de los relatos, para seguir construyendo una verdadera Educación Popular.

I

Julio Dagnino



**COMUNIDAD**



CESÁREO MARTÍNEZ

(Arequipa, 1945 - Lima, 2002)

I

Poeta y animador literario. Es autor de los poemarios *Cinco razones puras para comprometerse (con la huelga)* (1978), *Donde mancó el árbol de la espada y arcoíris (Bando para que la dirigencia se alínee con las masas)* (1980), *Celebración de Sara Botticelli* (1983), *El sordo cantar de Lima* (1993) y el libro póstumo *Sol de ciegos* (2008).

I El día que la hacendosa y bellísima señorita Olga Pérez Vela nos dijo que quiénes queríamos ir a La Glorieta, yo ya había aprendido a distinguir el ruido de los aviones del que hacen los truenos. Había recorrido íntegras las calles de Cotahuasi, empedradas con lindas piedras de colores bruscos, sobre todo la principal, por donde corría una acequia que servía para regar el empedrado. Muchas veces había guerreado encarnizadamente en el inmenso patio de mi tía Sara Pérez Martínez, bajo los enormes ruedones y columpios abandonados por un circo alemán que después de haber fracasado en las plazas de Santiago de Chile y Arequipa llegó a Cotahuasi en los años treinta, atraído por el embrujo de frutas vivas y orfebrería que los viajeros cotahuasinos desparramaron por todas las provincias del sur. Conocía El Pozo, siempre lleno de agua cristalina, a donde me llevaba mi hermano Benigno para verlo zambullirse y aparecer sacudiéndose la cabeza con una sonrisa de orgullo. Conocía Tinkirumi, lugar preferido de los amantes, de donde se contempla el pueblo y la pequeña campiña. Pero no conocía La Glorieta, casona que quedaba en uno de los extremos del pueblo, camino del convento, cuyo paraíso podíamos gozar solo por la visión de los árboles que sobresalían a los muros. Era mayo, mi primer año de escuela, y yo empezaba mi deplorable trato con las campanas y los horarios en un salón de transición

del Centro Escolar 916 de Cotahuasi. El Centro Escolar 916 era el más grande de la provincia y el segundo en prestigio, después del Colegio Nacional Mariscal Orbegoso. Quedaba en la Plaza de Armas y era una construcción de dos pabellones con un patio de honor, un patio interior donde se trompeaban los mayores, y un balcón de madera desde el que lanzaban los discursos los días de fiesta. Ahí empezó mi escuela. Mejor dicho, ahí empezaría después de un año. Era mayo, bien que lo recuerdo, porque en mayo es la fiesta de la Santa Cruz y yo me había amanecido por primera vez en la plazuela de Corira, al pie del altar y muerto de frío, viendo volar los cohetes durante las pruebas de los villanos. La plazuela de Corira es un pampón de tierra muerta, a la entrada del pueblo, donde se arremolinan los vientos que bajan de los cerros y suben de las quebradas del valle. Allí se congregan las cruces que vienen de todos los anexos y allí se quedan una semana después del 3 de mayo, que es el día central. Los villanos o danzantes de tijeras son traídos desde lejanos pueblos. Los de la sierra vienen cruzando el Sarasara y traen el prestigio de haber competido en Andahuaylas y Puquio. En cambio, los que suben de los valles, son admirados con temor porque ellos han sido adiestrados por el Diablo en el fauce de Cipia. La noche de las pruebas es la tercera. Cada danzante hace lo increíble para doblegar al contrincante y sentar escuela, desde atravesarse la nariz con una aguja de arriero para colgar el violín, hasta tragarse una de las tijeras en pleno éxtasis.

Pero, hablando de pruebas, yo no tuve mayo para ver lo que los ojos de mi madre vieron. Cuando aún era niña, vino un villano de Chipao siguiendo a una fama que lo hizo célebre en todos los pueblos de la región. Bailó para los incrédulos a

diez centímetros del suelo en un eterno amanecer en que la Luna no quiso retirarse a pesar de que el Sol ya había avanzado dos cuartas en la punta del Huiñau. Años más tarde, cuando enamoraba con Joaquín Martínez, su futuro, legítimo y difunto esposo, vio, exclusivamente para decírmelo, cómo un danzante que apareció de no se sabe dónde se tragó una barreta de dos metros y se fue bailando calle abajo, por la calle Lima, hasta desaparecer en una densa bruma que subía del río Cotahuasi. Yo no tuve mayos para ver esas cosas, pero sí este, en el que la señorita Olga Pérez Vela entró a mi salón para decirnos que levantemos la mano quienes queríamos ir a La Glorieta. Naturalmente, todos levantamos la mano con la ilusión de que por fin conoceríamos esos manantiales de colores, las ciruelas con alas y todas las clases de flores que decían había en La Glorieta. Todos levantamos la mano, pero no todos iríamos a La Glorieta, porque en mi salón había chicos más grandes, chicos de ocho y hasta diez años. Era mayo, y yo vivía en la calle Lima, la principal, en la casa de mi padre que no es Joaquín Martínez el difunto, sino Agustín, su hermano mayor, el que les paraba el macho a los subprefectos abusivos que venían a Cotahuasi con revólver al cinto, el mismo que en un momento de arrebato mató a una mula a puñetazos, difunto también. Yo ya no llegué a conocerlo, aunque mi madre me dice que me sentaba en sus rodillas y me cantaba canciones en quechua que recogía en sus interminables viajes por los pueblos de Apurímac y el Cusco.

La casa de mi padre estaba a cuatro cuadras de la Plaza de Armas. Era de dos pisos, con un patio lleno de gallinas, un corral que les quedaba ancho y suyo a la chancha y sus crías, porque animales ya no teníamos en ese tiempo. Había una

huerta rodeada de sauces, guindas y duraznos que nosotros hacíamos madurar con nuestras miradas. En una mitad sembrábamos alfalfa y en la otra legumbres. Entre el patio y la huerta corría una acequia muy ancha en la que me zambullía mi hermano Benigno, ya que en El Pozo no podía hacerlo. Nosotros ocupábamos toda la planta baja y parte de los altos. En la otra parte del segundo piso estaban los trastos que mi padre había dejado cuando se fue a Arequipa con sus hijos mayores. Era una pieza sin mucha luz, llena de catres viejos y cajones con discos de música RCA Víctor, y revistas en las que se veían las figuras de niños esqueléticos y ciudades incendiadas. Antes de aquel día de mayo en que la bellísima señorita Olga Pérez Vela nos dijera lo que nos dijo, esa parte de la casa era mi mundo preferido. Subía las gradas de puntillas para que mi madre no lo advirtiera, cruzaba el dormitorio de mi hermana, entraba al cuarto de los trastos, abría las ventanas y me pasaba horas de horas descubriendo aquel universo de cosas viejas, siempre nuevo para mí; hasta que mi madre aparecía en la puerta con un *ábrete Sésamo*, que ya era hora de almorzar. Allí viví hasta que estuve en segundo de primaria, año en que llegaron los hijos de mi padre desde Lima y nos arrojaron de la casa para alquilarla a otras personas. Nos trasladamos justo a la casa de enfrente. De modo que yo podía subirme a los muros y seguir hurgando imaginariamente el cuarto de los trastes que mi padre dejó al marcharse a Arequipa. Los primeros días de escuela fueron para mí de verdaderas batallas. No me acostumbraba a esa nueva vida y me resistía con todas mis fuerzas, mejor dicho, con todas mis lágrimas. Mi hermana Irene me convencía con cariños y regalos, y cuando me ponía rebelde me llevaba a rastras hasta el salón de la señorita Olga. Un día me llevaron

I

hasta la Dirección. Ahí estaba el Director, alto y ventruado, y de lo que me dijo no me acuerdo, porque me quedé mirando la gran fotografía de un militar que después supe era el general Odría. Era mayo, y en mayo el Sol es de Cotahuasi más que en cualquier otro mes, porque las mañanas son muy heladas y las noches también.

La señorita Olga Pérez Vela entró después del Sol. Nos fue llamando por nuestros nombres hacia adelante. Éramos los más pequeños del salón. Seríamos unos catorce y hablándonos cariñosamente, nos ordenó que formáramos en el patio. Luego salió, volvió a pasar lista, y nos dijo que la siguiéramos, que en ese momento nos íbamos a La Glorieta. Y así fue. Cruzamos la Plaza de Armas, bajamos por la calle Lima, volteamos hacia la subprefectura y de allí nos fuimos de frente a La Glorieta. Allí nos estaban esperando las autoridades para que nosotros fundáramos el primer Jardín de la Infancia de la provincia de La Unión. Al año siguiente, regresé a mi salón de transición del 916 después de haber conocido La Glorieta.

I

JOSÉ WATANABE

(La Libertad, 1945 - Lima, 2007)

I

Poeta y guionista de cine y televisión. Recibió el premio El Poeta Joven del Perú en 1970 por su libro *Álbum de familia*, aparecido al año siguiente. Publicó, entre otros libros, *El huso de la palabra* (1989), *Cosas del cuerpo* (1999), *Habitó entre nosotros* (2003) y *La piedra alada* (2005). Es considerado uno de los mayores poetas contemporáneos en lengua española. Su obra incluye importantes guiones cinematográficos y cuentos infantiles.

La casa de campo del dueño de Laredo, don José Ignacio Chopitea, estaba a kilómetro y medio del pueblo, al final de una polvorienta avenida que se abría entre cañaverales. A caballo se iba bien por la avenida, a pie era para hundirse hasta los tobillos en esa tierra muerta. Era mejor ir por el filo de la tapia que corría hasta la casa. La casa tenía dos plantas y dos torres puntiagudas. Era de adobe, aunque en su revestimiento simulaba ser de ladrillos rojos; las torres eran de madera. Cerca había una pequeña ranchería de peones y sirvientes, un molino de viento y una huerta de cerezas que el guardián vendía a escondidas, tomando como medida un cuenco de calabaza.

I            Dicen que cuando don José Ignacio, que había muerto en Lima, regresaba a Laredo en tren y con bandera de luto, el demonio lo esperaba impaciente en esa casa vacía. A través de las ventanas los sirvientes vieron su silueta fosforescente sentada en un sillón. Hasta él llegó don José Ignacio cuando el pueblo estaba recibiendo su cadáver lejos de allí, en la Alameda de la Contrata. Llegó pálido y resignado a pagar con su alma los favores del demonio, a cumplir el pacto que lo había convertido en el mayor hacendado del valle.

Algunos años después, las tierras de Laredo fueron compradas por los Gildemeiester. La escenografía de cortinajes y sillas de Viena de la antigua burguesía agraria fue desmontada

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 8. Lima: octubre de 1983 - enero de 1984, 42-43.

por estos alemanes que habían venido a modernizar. La casa de campo de don José Ignacio Chopitea pasó a ser colegio. Ese fue mi colegio.

Nosotros éramos nueve hermanos, cinco íbamos al colegio. El día comenzaba con la competencia por ganar la palangana donde nos lavábamos la cara. Mi madre, regresando del mercado, venía a decirnos la cantaleta: Éramos igualitos a nuestro padre, dormilones. Mencionaba a mi padre por el gusto de mencionarlo, le hacía cariños al revés. Y si encontraba a alguno de nosotros mirando las gusarapas, esos bichitos que bailaban en el agua del barril, que éramos remolones, claro, también como nuestro padre.

Antes de irnos al colegio teníamos que darles de comer a los animales. En el gallinero había unos pobres gallos que tenían una gran cicatriz en el lugar de la cresta. Mi madre se las cortaba para curarnos el mal susto. Hasta hoy me sobrecoge un poco esa ceremonia nocturna, en que ella, solemne hasta donde se le permitía el pataleo del gallo, les rebanaba la cresta, la mojaba en agua florida y nos la colgaba en el pecho.

Nos íbamos al colegio por la calle Real. Por allí pasaba la carretera que bajaba de la sierra. A veces caminábamos entropados con chivos o reses que iban a los camales de Trujillo. Todos los animales tenían la cabeza pintada de rojo. Los guardias que controlaban el paso del ganado, para no equivocarse o volverlos a contar, les señalaban la cabeza con un manchón de pintura.

La calle Real terminaba en el pozo que surtía a las carretas repartidoras de agua. Allí empezaba la avenida del colegio. A veces subíamos a los camiones que traían alumnos

de los fundos vecinos, pero casi siempre llegábamos tarde y ya habían pasado. Solo quedaba subirse a la tapia y juntarse a la hilera que ya iba caminando por el filo, saltando las grietas y las enredaderas espinosas.

Nadie iba desayunado. La hacienda nos daba el desayuno en el colegio. La caballeriza de la antigua casa de campo había sido convertida en refectorio. Cientos de pocillos pendían de un tablero que había sido colgador de fuetes y bridas. Y donde antes posiblemente se almacenó alfalfa, había ahora una cocina con dos ventanillas, una para el pan, la otra para el cucharón de chocolate.

I El desayuno lo hacíamos y lo servíamos nosotros mismos. Cuando nos tocaba en turno había que levantarse casi al amanecer. Algunos se adelantaban al colegio a prender el fogón y hervir el agua en el medio cilindro que hacía de olla. Otros íbamos al bazar de la hacienda a pedir las bolsas de chocolate y los costalillos de pan. El chocolate venía en pequeñas bolas azucaradas. Todos guardábamos un puñado en el bolsillo, por el servicio. Esas eran las únicas veces que yo veía cómo empezaba la vida en el pueblo. La gente se lavaba la boca en plena calle, los trenes salían al campo llevando a los braceros, las placeras arreaban burros, en la esquina de la fábrica las carretillas vendían caldo de gallina y emoliente. Yo juraba una vez más levantarme más temprano.

Después del desayuno, antes de entrar a las clases, formábamos en el patio dando frente a una pizarra que un profesor llenaba con la noticia más importante del día. Cientos de veces habré formado allí, pero solo recuerdo una noticia: Había muerto un sabio que se llamaba Alberto Einstein y que

había dicho que todo era relativo porque todo dependía de donde uno se paraba a mirar las cosas. No entendí nada. Yo tenía nueve años.

Pero tenía razón el sabio. La infancia, vista desde aquí, parado aquí, parece un solo día, idealizado y entrañable, que se repite como un modelo. En ese día, como en esas composiciones donde el tamaño de los personajes es según su importancia, hay enanos y gigantes. El director del colegio es, por ejemplo, un gigante, aunque mi madre me dice ahora que más bien era petiso. Pero entonces yo tenía la mano extendida y él se acercaba cada vez más alto y calvo, alzando la palmeta que cuando caía parecía precipitarse desde el cielo.

A cada palmetazo yo juraba venganza. Esa misma noche iba a regresar al colegio y no me iban a asustar los muertos, la campana que se mecía sola y tocaba, la fosforescencia en la torre, los caballos conducidos por perros negros. Regresaría para regar sal al pie de todas las paredes del colegio. Había oído que la sal destruye lentamente y en secreto el adobe. Esa misma noche yo iba a empezar la corrosión indetenible hasta que la antigua casa de campo de don José Ignacio Chopitea se desplomara. No lo hice. Creo que me quedé dormido.

I



GUSTAVO VALCÁRCEL

(Arequipa, 1921 - Lima, 1992)

I

Poeta y periodista. Primer Premio de Poesía en los Juegos Florales de la Universidad de San Marcos y Premio Nacional de Poesía en 1947, por su libro *Confín del tiempo y de la rosa*, aparecido al año siguiente. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Pentagrama de Chile antifascista* (1975) y *Reflejos bajo el agua del sol pálido que alumbra a los muertos* (1980), la novela *La prisión* (1951) y varios ensayos histórico-políticos.

Abril de 1928... En el locutorio del Colegio Salesiano de Lima me encontraba con mis dos hermanos mayores, nuestra madre y las maletas de cada uno de nosotros. Creo que caía la tarde, mas yo lo veía todo obscuro. La madre iba a dejarnos internos y mis seis años de edad, desde hacía rato, se encandilaban en una deflagración de lágrimas. Con odio miraba a los curas, con repugnancia sentía sus manotas extrañas sobre mi cabeza. Debo de haberme prendido de las faldas maternas. Alguien me cargó en vilo. Mamá se fue. De aquel tiempo, solo recuerdo tristeza y llanto a toda hora.

I Al morir mi padre —era médico gubernamental en el Cusco y se contagió de tífus exantemático, al combatir una epidemia entre los naturales de Paruro—, solo le encontraron cuatro libras en su billetera. No tenía ahorros ni propiedad alguna. El gobierno asumió los gastos del sepelio. El congreso del dictador Leguía aprobó un montepío para la viuda y tres becas de internos para sus hijos mayores.

Entre las avenidas Brasil y Arica, a la vera de la Plaza Bolognesi, queda el Colegio Salesiano de Lima, fortaleza negada a la vida y a la dulzura, cárcel de mi infancia, soterrado planeta donde mi alegría se extravió. Su local era inmenso, enconchado cenobio de prejuicios de toda índole, cubiertos y recubiertos por un manto de oscurantismo interminable.

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 17. Lima: setiembre de 1986, 35-37.

Poseía secciones de externos e internos. Los últimos se dividían en *estudiantes* y *artesanos*, los cuales, junto con la instrucción elemental, aprendían "artes y oficios". Procedían de las clases más empobrecidas de la sociedad. Pero aún había una subdivisión más odiosa: los *estudiantes de paga* y los *estudiantes becados*.

Después de la catastrófica crisis capitalista de 1929-1933, y luego de que el comandante Luis M. Sánchez Cerro diera su golpe de Estado de agosto de 1930 contra Augusto B. Leguía, los estudiantes becados pasamos a engrosar la casta de los parias. El nuevo gobierno decretó la moratoria fiscal, redujo los sueldos, pensiones y montepíos en un cincuenta por ciento y dejó de pagar nuestras becas por incontables meses. Nos convertimos en víctimas de un sistema del cual no teníamos la menor posibilidad de escapar... *Agnus Dei... Cordero de Dios que lavas los pecados del mundo... capitalista.*

El trato de los curas con los becados experimentó una rotación radical, conforme se acumulaban nuestras mensualidades impagas. "Ya van cinco meses sin pagar. Avísenle a sus padres o apoderados, el día de la visita, que vayan al Ministerio de Educación a quejarse", nos decía el padre ecónomo. Empero, los curas andaban distanciados del gobierno y viceversa, porque el general Sánchez Cerro había promulgado la Ley del Divorcio, dado que quería casarse con una fulana Miró Quesada. Varias balas se cruzaron en su camino al salir del Hipódromo de Santa Beatriz, y llegó hecho cadáver a la Morgue del Hospital Italiano, en mayo de 1933.

En los Salesianos había dos amplios patios, uno para cada sección, además de un rústico campo deportivo, una vasta huerta donde pululaban fantasmas por la noche y una

I

I  
pequeña piscina circular al centro de ella. Al frente de las aulas quedaba el comedor: largos tablones sobre trípodes de madera, bancas paralelas y potajes a ras de porquerizas. Yo recuerdo haber mostrado a mi madre, el día de visita, una cajita de cartón, que contenía un trozo de carne lleno de vibrantes gusanos. Nos lo acababan de servir en el almuerzo. Pensé que sería un argumento de peso para librarnos de nuestra condición de internos. Ignoraba las penurias económicas que ella padecía, con mis dos últimos hermanos menores a costas de su viudez atormentada. No había remedio. Me miró con compasión y me dio un beso. "Ya se acercan las vacaciones", atinó a decirme. Obligatoriamente, debíamos escuchar una extensa misa cada día. Y dos los domingos: la primera discantada; la segunda, cantada y con sermón. En las tardes dominicales teníamos vísperas y trisagios. Y rezos todo el día, además de una plática con plegarias poco antes de dormir. El cura de turno explicaba, muy suelto de cráneo: "Se puede dormir tranquilamente al lado de un caballo muerto, de un perro atropellado, de una vaca recién sacrificada. Pero no se puede dormir en paz cuando tienes el cadáver de un hombre al costado. ¿Por qué? Porque los animales no tienen alma y los hombres sí la tenemos, y debemos salvarla de las llamas eternas del infierno".

### **El externado fascista**

Siempre fui alumno aplicado y ocupé los primeros puestos de mi clase. Pasé algo más de cinco años interno, salvo las vacaciones de fin de año, y cinco como externo, gracias a una providencial pleuresía que me presentó, de lejos, a la muerte. Ello ocurrió

al comenzar el primer año de media. No obstante mis altos calificativos en Álgebra, Geometría y Trigonometría, mis cursos preferidos eran la Historia del Perú y la Historia Universal, aunque en esta la Revolución Francesa solo ocupase media página de ponzoñosos dicterios y no apareciese por ningún lado la heroica Comuna de París. De la Revolución Bolchevique, ni hostia. Aunque más tarde nos traerían conferencistas de la calle para vituperar de Lenin y Stalin, de los bolcheviques rusos y de los comunistas de todos los países. Por aquellos años, se veía en las paredes de las calles limeñas carteles o afiches del gobierno en los que aparecía una bella mujer (la Patria), enroscada por una serpiente de dos cabezas y lenguas bifurcada; en una se leía APRA, en la otra COMUNISMO.

Escuchaba las clases de Historia con fruición, con deleite y devota fantasía. Mi imaginación viajaba por países lejanos, por edades remotas y alrededor de personajes misteriosos, mientras de la huerta colindante —la de los fantasmas y endriagos—, nos llegaba un tufillo de uvas fermentadas, del buen vino que elaboraban los propios curas para sus misas y sus mesas. Como me desempeñé de monaguillo en mis años tiernos, llegué a probarlo, no pocas veces, a hurtadillas, en la sacristía a la cual tenía libre acceso. Me gustó porque sabía a algo dulce, incitante y turbador. Tanto nos habían hablado de la muerte que, cuando nos hicieron desfilar ante los despojos de un anciano sacerdote confesor, quedamos desconcertados los de menor edad: rostro barbicano con mil surcos, sotana muy usada, alzacuello deteriorado, crucifijo y rosario sobre el pecho y un sueño inmutable, inextricable, del cual —nos dijeron—, no despertaría jamás. Era el primer cadáver que yo veía en mi vida, pues no llegué a contemplar el de papá.

I

No sabía qué pensar. Aturdido, me santigué como lo hacían todos. Los días lunes, reglamentariamente, se rezaba misa de difuntos ante un simulado catafalco, yacente en la cripta del colegio, sobre el cual se deshojaban tetricos respuestas. Pero el odio a la vida llegaba al paroxismo durante los ejercicios espirituales, torturante invención de Ignacio de Loyola, el fundador de los jesuitas. Se suspendía el dictado de clases por tres días. Los patios, pasadizos y escaleras aparecían decorados con cuadros terroríficos, cuajados de ángeles y diablos, de crepitantes llamas infernales o de inmóviles nubes celestiales, y, detrás, los rostros amarillentos de la Santísima Trinidad. La exposición comenzaba con la expulsión del paraíso terrenal de Adán y Eva, por un arcángel de flamígera espada, y concluía con la resurrección de Cristo y de la carne universal en un valle llamado Josafat. "¿Cabríamos todos?".

I En estas 72 horas nadie podía hablar en voz alta, estaba prohibido silbar o cantar tonadas profanas. Plegarias interminables derrubiaban la inocente alegría de vivir, oteaba las riberas de mi niñez encadenada a ultramundos tenebrosos, vesánicos, en insomnio perpetuo. El contraste se hacía más tenso cuando regresábamos de las vacaciones veraniegas, las únicas que disfrutábamos en el año. El trueque del calor hogareño, del mundo natural por el odiado horizonte de los interminables curas se resolvía en una tristeza interior, muda, incurable. Me convertí en un ensimismado sin quererlo, en un condenado a la congoja, galeote del silencio, habitante de un planeta al que jamás debí llegar. Silencio, sí, hubo silencio en demasía por años y más años. Y todavía ahora encuentro demasiado mutismo en mi existencia.

Recuerdo, cierta vez, haber irrumpido bruscamente en la pequeña oficina del cura confesor —un mestizo rechoncho, de baja estatura—, y le hallé practicando con un niño rubio un acto de tan monstruosa obscenidad que no atiné sino a esconderme en la Iglesia de María Auxiliadora, distante a pocos metros del lugar, también propiedad de la Orden Salesiana. Nuevamente, naufragué en un silencio contenido de lágrimas. En julio de 1936 se desencadenó la Guerra Civil española y, poco después, la agresión fascista ítalo-germana contra la República. El fundador de la Orden Salesiana, Don Juan Bosco, fue italiano y gran parte de sus seguidores pertenecían a esta nacionalidad. En el salón de actos daban conferencias gentes desconocidas, que hacían la apología de Hitler, Mussolini y Franco; denostando a la República española y a las Brigadas Internacionales. Todo el colegio estaba obligado a cantar, en italiano, la marcha fascista *Giovinezza* y en las actuaciones públicas se implantó el saludo fascista. No hay duda; veían en nosotros *balillas* potenciales. Nada podía esperarse del gobierno autocrático y profascista del general Óscar R. Benavides, pues él mismo había traído al Perú una Misión Policial Italiana y había instalado una fábrica de montaje de aviones Caproni. Muchos cadetes peruanos de aviación seguían cursos de perfeccionamiento en Caserta, Italia, y los diarios no ocultaban sus simpatías por el fascismo, en especial *El Comercio* de Lima. Por las noches, ya en casa, sintonizaba el programa en español de Radio Moscú, que transmitía noticias y comentarios del desenvolvimiento de la lucha en la península ibérica. También un pensionista de casa, de apellido Barrantes, recibía, de tarde en tarde, algunas publicaciones mimeografiadas antifranquistas, que le llegaban

I

de Madrid o Barcelona. Así subí el primer escalón de mi nivel político.

En la última lección de Anatomía que recibimos, las tinieblas del oscurantismo se hicieron presentes con plena desfachatez. El sacerdote polaco Teófilo Wilk — todavía vive y reside en el Perú —, se saltó del libro de texto todo el capítulo dedicado al sistema génito-urinario, alegando: "Esto no es fundamental para la vida, pasemos al sistema respiratorio". Llegó, ¡por fin! el mes de diciembre de 1938. Había concluido mis estudios secundarios. No sentí la menor emoción en la ceremonia oficial de despedida. Yo fui el de menor edad cuando ingresé, desamparado, a su seno implacable. Diez años después me retiraba para siempre, convertido en un joven rebelde, liberado de Dios y sus ministros. No volví más al antro que trituró mi infancia. Se abría el horizonte del mundo ante mis ojos.

Ha pasado medio siglo de todo ello. Hoy día, comparto el triste pensamiento del versátil Malraux: "Casi todos los escritores que conozco aman su niñez; yo detesto la mía". Yo también, en verdad.

CRONWELL JARA

(Piura, 1949)

I

Narrador y poeta. Ha recibido, entre otros, el Premio Copé de Cuento 1985 y el Primer Premio de la Bienal de Literatura Infantil ICPNA 2008. Entre sus libros destacan *Montacerdos* (1981), *Patíbulo para un caballo* (1989), *Babá Osáim, cimarrón* (2003), la recopilación *Las ranas embajadoras de la lluvia. Cuatro aproximaciones a la Isla Taquile* (con Cecilia Granadino, 1995) y *Arte de cazar dragones; manual y método para escribir cuentos para niños de todas las edades* (2003).

I Cuando llegué a Lima debido a una solicitud de cambio de mi padre al Hospital Mogrovejo, las nuevas clases de las primeras letras nos las daba a mis hermanos y a mí Gloria Pizarro, la hija de don Víctor Pizarro, el dueño de los humildes cuartos del callejón adonde llegamos a vivir, en la urbanización Ciudad y Campo, en el Rímac. Gloria era profesora, profesional y eficiente, además de hermosa; había organizado una especie de escolita, a la vez que jardín, en la sala de su misma casa, y fue la primera vez que me vi con muchos compañeros y compañeras. Recuerdo que la profesora Gloria organizaba actuaciones y que todos participábamos en algo; unos recitaban poesías, otros hacían de actores, y mi hermano menor Armando y yo salíamos a cantar rancheras mexicanas completamente vestidos de charros, incluso con pistolas a la cintura; y que: "De piedra ha de ser la cama/ de piedra la cabecera/ la mujer que a mí me quiera:/ ¡me ha de querer de a de veras! ay, yay, yay...", cantábamos; y la profesora y los amiguitos todos, sentía que en verdad nos querían. La profesora Gloria, dije, era profesional y eficiente, cierto, pero además era maternal y proporcionaba ternura. Nunca nos trató mal, jamás nos dio ejemplares castigos. Y ciertamente con sus buenos tratos, logré aprender regularmente las primeras letras. Fue el año en que cumplía cinco. Aunque, para no dejar a un lado a don Víctor

Pizarro, diré que no fue solo Gloria, sino él también quien nos las enseñó cuantas veces (muchas veces) Gloria se ausentaba del aula por preparar la tesis universitaria. Y estoy convencido hoy de que don Víctor era tan buen improvisado maestro que hasta creo superaba a la hija; quién sabe por poseer gran paciencia y la responsabilidad de no dejar en el abandono a los alumnos de su escuela. Podría decir, tranquilamente, que con él aprendí el abecedario.

Entonces pasé a transición en la Escuela Fiscal de Ciudad y Campo, y afiancé mi conocimiento de la lectura gracias a dos lindísimas profesoras muy jóvenes. A todos mis compañeros de aula (solo de varones), nos trataban con mucha alegría, juego y especial cariño. Aprendía a escribir y por ellas me gustaba ir al colegio. Y, fácilmente, pasé al primer año. Y ese primer año, para mi mala suerte, fue el peor de toda mi vida. Podría jurar que nunca he sufrido tanto como en aquel tiempo, ¡y todo debido a la mujer más endemoniada y cruel que, como profesora, he conocido! Una mujer que me marcó de por vida y hasta hoy reniego de ella. Se llamaba Chipoca y todos la conocíamos por nada más que eso. Era pequeña, obesa, de piel muy blanca, y resaltaban en ellas sus cachetes pulidos y muy rojos, no por el maquillaje sino por la raza europea. La recuerdo, además, siempre vestida de traje de seda verde y protegida por su sacón o la chompa roja. Siempre el rojo, un rojo que ahora veo no era acaso de su sangre sino del fuego del infierno que guardaba dentro. Nunca habrá otra persona que me haya causado más miedo ni a quien deteste más. Su modalidad de actuar en clase era la siguiente: ingresaba al aula y luego de hacernos rezar nos imponía hacer silencio mientras ella, muda, escribía y escribía, sin explicar nada, sobre unas

I

cinco o seis pizarras que había en las paredes de todo el salón. Eran grandes párrafos que transcribía de un libro y nunca después he recordado qué decían, luego que ella se ponía a leerlos después de haber concluido la escritura.

Pero recuerdo que leía demasiado rápido y estoy seguro de que nadie la seguía en la lectura que ella, Chipoca, señalaba con una regla larga, de madera. Como que daba la impresión de que tampoco nunca le interesaba si la seguían o no. Luego se sentaba en la silla del pupitre ante nosotros y gritaba: "¡Escriban todo de cada una de las pizarras: esa es la tarea!"; para en seguida desentenderse del aula y ponerse a leer sus novelas de amor, a figuras, limarse las uñas o leer periódicos. Nunca le interesó acercarse a cada alumno para ayudarlo o sugerirle algo, corrigiendo o encaminando en la escritura o lectura; tampoco recuerdo que nos haya hecho leer para afianzar nuestro conocimiento. Y en todo ese año fue lo mismo: escribir y escribir y olvidarse de sus alumnos. Por supuesto, muchos condiscípulos nos olvidamos de leer.

I

Y si yo había sabido leer un año atrás, ese año olvidé mucho o casi todo. Recuerdo que me era muy angustioso tener que copiar, letra por letra, cada palabra, sin saber qué decía o qué significaba. Pero esto no era lo terrible, si dije que Chipoca era diabólica fue porque era especialmente cruel. Y su crueldad consistía en hacerse temer para imponerse en todo sobre sus alumnos. Y lo más doloroso era que, sabiéndose temida y que con nadie sonreía ni era amable, no faltaban las horas de examen en donde a todos, y uno por uno, sacaba a la pizarra y se divertía castigándonos, supiésemos la respuesta o no, ante cada una de sus preguntas. Y esos castigos consistían en: "¡Apáchenlo!", la orden de Chipoca que significaba que

el alumno más alto y más fuerte (un zambito sobón de ella), subía al castigado sobre sus espaldas, lo sujetaba fuerte, y Chipoca le propinaba los reglazos quemándole las nalgas, muchas veces hasta hacerlos llorar. Y yo fui uno de ellos. Y no entendía cómo era que habiendo respondido bien tenía que recibir un: "¡Apáchenlo!".

Resultó que pasado el medio año algunos alumnos se alejaron definitivamente del aula, por enfermedad o cualquier otra cosa, y que otros solo nos la pasábamos lagrimeando y escondiéndonos bajo las carpetas, apenas veíamos que con mala cara, vociferando, ingresaba al aula la profesora susodicha. Recuerdo también que, contra mi voluntad, me hacían retornar a esa escuela, sin que a mis padres ni a nadie les importaran mis reclamos ni mi fingida dolencia de estómago y dolor de muela. Tampoco me creían cuando les decía que la profesora Chipoca era por demás cruel. Y, en todo caso, la idea de mis padres y de muchos era que "la letra con sangre entra". Ese año lo perdí y lo perdimos muchos de los de mi aula de ese primero de primaria; pero lo perdí antes de concluir las clases del año: un día, tal vez de setiembre u octubre, al vernos llorar a tres alumnos antes de sacarnos a la pizarra para de todas formas castigarnos "apachándonos", sabiendo o no, nos dijo: "hijitos, váyanse mejor a su casa, ¿sí?". Y ese fue el día más feliz de mi vida. Contento llegué a mi casa del barrio Castilla a decirle a mi madre: "Mamá, la profesora Chipoca ya no quiere que vayamos al colegio". Y tuve que empezar de nuevo, volví donde el viejo Pizarro a reiniciar la transición, volví a aprender a leer muy fácilmente con él y su hija Gloria y, el año 1958, empecé oficialmente en el colegio mixto N° 4523, de nuevo, el primero de primaria exitosamente. Saqué

I

I diploma de aprovechamiento y conducta. Esta vez ya ninguno de mis compañeros de clase teníamos, de miedo, que romper ni la tabla de multiplicar ni el cuaderno como lo hacíamos con Chipoca para que, ingenuamente, buscáramos el pretexto para que no nos formulara preguntas. Ahora con la profesora Rosa Fernández de Paredes, aunque muy estricta e impaciente, las clases eran diferentes: se veía que ella quería que aprendiéramos y nos brindaba bastante afecto. A mí me tenía especialmente como a un *caballerito*, y me guardaba especial estima porque a ella le encantaba que sea yo quien le abría la puerta cuando llegaba en su taxi a la escuela. Nos enseñaba canciones alegres, poemas, trabalenguas, juegos y, aunque con una hoy obsoleta metodología de enseñanza memorista, no por ello la recuerdo con menos gratitud. Su buen trato y afecto conmigo me hace guardarle especial cariño. No podía hacer yo algún dibujo, alguna narración de los lunes recordando los fines de semana, sin que ella me elogiara. Quien sabe debido a ella, amándola, ahora amo la literatura.

MAGDA PORTAL

(Lima, 1900 - 1989)

I

Poeta, narradora y política. Obtuvo los Juegos Florales de la Universidad de San Marcos en 1923, aunque se negó a recibir el premio. Entre sus libros destacan los poemarios *Una esperanza i el mar* (1927) y *Constancia del Ser* (1965), la novela *La trampa* (1957), los ensayos *Flora Tristán, la precursora* (1945) y *¿Quiénes traicionaron al pueblo?* (1950) y su autobiografía póstuma *La vida que yo viví* (2017). Por su labor literaria, cultural y política, es una de las intelectuales centrales del siglo XX peruano.

I No creo haber sentido miedo, pero algo que me estremecía cuando tenía que entrar en una habitación ya en la semioscuridad y distinguía un bulto que, al parecer, era un fantasma y yo, sin poder evitarlo, me lanzaba sobre el bulto y descubría que solo era un bulto de ropas puestas ahí, sin mayor importancia, para guardarlas después y yo, con mis manos frías, las apretujaba hasta convencerme de que no era sino eso. Pero es que en la vieja casa solían aparecer fantasmas, y sonar vasijas de fierro y oírse voces distantes o susurros, y yo era todavía muy pequeña. Pero ver fantasmas, no lo recuerdo, salvo la vez que mi hermana mayor y yo vimos a mi padre en pleno día y en mangas de camisa, que estaba en el brocal del pozo en la huerta recogiendo agua para el almuerzo, y como las dos estábamos comiendo uvas verdes, tratamos de escondernos tras la vieja higuera y él nos amenazó con la mano y luego ya no lo vimos. Y un rato después corrimos a la casa y al preguntarle a mi madre si ya había venido nuestro padre, ella nos dijo que no, que era muy temprano. Y así era. Pero nosotros dos lo vimos.

Mis primeros colegios fueron los de párvulos que regentaban unas señoritas y que funcionaban en sus patios en horas de la mañana, lo suficiente para dejar libres a las madres a la hora de hacer sus labores. Recuerdo que yo, como los demás niños entre los 3 años, llevaba una silletita

contra el suelo, tal fuera nuestro tamaño. También recuerdo que nosotras ya sabíamos leer, pues en la casa mi madre se entretenía en enseñarnos desde el silabario hasta las primeras letras. Todo esto cuando aún vivía mi padre. No sé exactamente cuándo terminó la escuelita y cambiaron las cosas y ya sabíamos leer y hasta recitábamos versos que nos hacían aprender las profesoras. Y yo era una de las que lo hacía muy puesta en orden y sin la menor vergüenza. Tengo el vago recuerdo de que, entre los versos, figuraban animalitos, carneritos, o conejitos —qué sé yo— pero que lo hacíamos a todo gusto. Más adelante también me acuerdo de otros colegios y de otros recitales, estos más serios porque eran de niños ciegos; unos de nacimiento y otros que habían perdido la vista después, y que nosotros competíamos en dramatizar delante de los familiares. Era en los actos de fines de año y siempre asistía un sacerdote al que sentaban en el mejor asiento. En la vida gitana que llevábamos después de la muerte de mi padre, cambiábamos de colegios tanto como de casas y, por supuesto, de barrios, dadas nuestras precarias condiciones de vida, luego de haber sido despojados de nuestras pertenencias por acreedores y abogados que se aprovecharon de la juventud de mi madre y de su ignorancia en estos menesteres. Entre los 12 años, mi madre y yo tuvimos noticias de un nuevo colegio, en el cual se instruía a señoritas de medianos conocimientos para optar una carrera comercial. De acuerdo ambas, mi madre se presentó en el colegio y solicitó inscribirme. El colegio tenía un nombre en cierto modo excluyente, pues se titulaba *colegio para señoritas*, y mi madre fue medida de arriba abajo por la principal promotora, quien le espetó que ella debería traer a su hija para conocerla

I

primero, pues ese colegio era solo para señoritas decentes. Mi madre era muy blanca, rubia, de ojos azules. Pero sin intimidarse y comprendiendo la intención de la profesora, al día siguiente se presentó conmigo en el Colegio y, por supuesto, fui admitida. La profesora le dijo que las señoras, por lo general, intentaban inscribir a sus sirvientitas de toda laya y eso no estaba permitido.

Recuerdo que ya escribía versos y que la profesora solía requisarme mis cuadernos. "Señorita Portal, traígame su cuaderno...", y así tenía que ser, pues estaba prohibido. Allí pasé cuatro largos años cursando media-comercial y contabilidad, de lo que ya no me acuerdo, pero sí que entonces era aprovechada y me hacían repasar a las menos inteligentes. También que tuve una especie de *surmenage* por mi vehemencia en adelantarme en los estudios, y sacar las primeras notas.

I Como un curioso episodio, no he olvidado lo sucedido con una muchacha muy viva y que solía darle molestias a la profesora. Estando en clase la profesora la mandó a la pizarra y le dictó una frase —era mala en castellano—; haciéndose la olvidadiza en vez de escribir *peculio*, escribió en grandes letras *tu culo*. Estalló la risa en la sala y la profesora se puso roja de ira y le ordenó severa: "Borre eso y vaya a su sitio", lo que hizo sin chistar, pero muerta de risa.

Del *colegio para señoritas*, a mi salida no quedó, con el tiempo, sino un vago recuerdo, el que fue diluyéndose hasta olvidarlo. ¡Pero la señorita profesora no me devolvió más mis cuadernos de versos!

MARCO MARTOS

(Piura, 1942)

I

Poeta y profesor universitario. Obtuvo los Juegos Florales de Poesía de la Universidad de San Marcos en 1967 y el Premio Nacional de Poesía José Santos Chocano en 1969. Ha publicado, entre otros poemarios, *Casa nuestra* (1965), *Cuaderno de quejas y contentamientos* (1969), *Donde no se ama* (1974), *Leve reino* (1996) y *Jaque perpetuo* (2003). Es autor del libro de cuentos *El monje de Praga* (2003). Actualmente preside la Academia Peruana de la Lengua.

## EVOCACIÓN

Con el mismo título de esta nota hace varios años escribí un poema que decía literalmente:

Las calles derechas y soleadas de la antigua heredad,  
las torres erguidas contra el tiempo  
y el rumor de voces de nunca acabar;  
las campanas y las uvas matutinas,  
obispos bondadosos en primera edad.

Visión de un mundo deslumbrante,  
paraíso de dulces, y sin penas, y con mar.

I

El texto alude de modo inequívoco a los aspectos de mi lejana infancia piurana, a esa sensación que nunca se repitió después, de que el mundo estaba bien hecho, de que las cosas, los árboles, las flores, las personas, padres, parientes y amigos, conocidos, el bodeguero de la esquina, la señorita que recibía los boletos en el cinema, permanecían siempre en su lugar, cumpliendo sus obligaciones, en una especie de rito eterno que no se acababa jamás; eso es lo que siento cuando releo el primer verso de mi antiguo poema. Las torres erguidas contra el tiempo y el rumor de voces de nunca acabar son la idealización de la escuela primaria, que en mi caso fue el colegio Salesiano de Piura con un patio inmenso (que entonces me parecía inmenso),

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 5. Lima: diciembre de 1982 - marzo de 1983, 41-42.

con ejercicios espirituales que me iban a llevar de frente al cielo, con buenos y malos profesores, aprendiendo reglas que me sirven todos los días como el correcto uso del verbo haber en la tercera persona, en todos los tiempos y modos, en medio de una porción de asuntos deleznales.

En muchos aspectos, mi infancia fue grata, sin duda recibí de mis padres suficiente afectividad que me permite ahora mismo sacar y sacar energías de una especie de reserva absoluta que me ayuda a afrontar sin mucho daño las frustraciones, las decepciones, las depresiones que me ofrece la cotidianidad.

En los últimos versos del texto evocado, está, seguramente, un aspecto de la vida escolar que era el mejor sin duda. No sabríamos qué hacer sin el colegio, pero lo más interesante de él es que se acaba. Los amigos, los maestros, el entusiasmo de las excursiones escolares, todo pierde importancia frente a las vacaciones que se acercan. Si en algún lugar he sido feliz, literalmente, ha sido en mis vacaciones escolares en Paita. Mientras mi padre se quedaba trabajando en Piura — pues era periodista y casi nunca tenía día libre —, junto con mi madre y mis dos hermanos, nos trasladábamos a Paita. La luna de Paita y el sol de Colán, el interminable cambiar de color del mar del día a la noche y de la noche a la mañana, las *tonitas* que entre el horizonte y mis ojos, en medio del mar, rítmicamente iban mostrando sus lomos grises, la llegada de mi padre de Piura cada dos o tres días y el acompañarlo a bañarse a las seis de la tarde, verlo arribar nadando al fondo del muelle que llamaban *Toril* porque ahí embarcaban las reses, eran instantes de absoluta comunión con la naturaleza y con la gente. En dos palabras: entonces el tiempo se me ocurría inacabable, la muerte inexistente. Valía la pena esperar todo el año en el colegio,

I

I porque había un premio al final: Paita. El colegio Salesiano de Piura tenía entonces aspectos sombríos que, según ahora me doy cuenta, tienen que ver con una educación mal planificada, más que con la bondad o maldad de las personas, profesores, sacerdotes, encargados de la educación y la disciplina. Nos hemos acostumbrado a escuchar que en otros tiempos había palmeta escolar y ahora mismo oigo decir a personas que apenas si sobrepasan los veinte años que en sus tiempos había palmeta. La conclusión es que hasta ahora en el Perú no se erradica ese tenebroso método. Los profesores del colegio Salesiano de Piura en los años cincuenta daban palmeta, ¡y de qué modo! Lo peor es que no interesaba la índole de la falta; sin duda éramos bullosos, andábamos con los dedos manchados de tinta, no hacíamos siempre las interminables tareas, pero nuestros profesores eran ásperos y a veces crueles. Nos colocaban en fila mirando la pared mientras seguía la clase solo para aplicados y sobones. De pronto el favorito de la clase, venía con una regla inmensa y arremetía contra nuestras canillas; el pantalón corto que llevábamos ayudaba mucho al sadismo de este alumno a quien marginábamos de nuestros juegos.

Rubén Atarama, quien me ilustró bastante, según bien recuerdo, en matemáticas y castellano; tanto que después, en media ya, me acordaba y hacía uso de algunas de sus enseñanzas. Siendo un buen profesor, lo mejor que tuve en primaria, Atarama también golpeaba: con grueso lápiz nos hacía ver las estrellas cuando arremetía contra nuestros nudillos. Una sola vez me rebelé y fue suficiente. Estando en quinto año de primaria, un buen día el profesor, un sacerdote neurasténico (como se decía entonces) me arrojó un llavero contra la cabeza, por error según admitió después: ¡el culpable

había sido otro! Con el correr de los años, el tamaño de ese llavero ha ido creciendo en mi mente. El hecho es que regresé a mi casa y dije a mi madre: "¡Nunca más vuelvo a ese colegio!" y ella no salía de su sorpresa. Tuve suerte: mi padre que en ese momento estaba enfermo en el hospital, se mostró muy permeable a mis argumentos y dos días después estaba en un nuevo colegio: San Miguel. Recuerdo algunos pasajes del himno sanmiguelino:

Amanece, amanece,  
amanece en el norte y el sur  
y está henchida de fuerza y de sangre  
nuestra alegre y viril juventud.

Como Anteo al pisar en la tierra,  
nuestra fuerza renace también  
de la savia que inyecta en nosotros  
nuestro amado y leal San Miguel.

I

Hasta ahora no conozco ninguna otra institución más importante para la comunidad como el colegio San Miguel para Piura; conservo un orgullo secreto que ahora escribo por primera vez, por haber estudiado ahí; pero nunca he podido cumplir mi fantasía de adolescente de regresar como profesor.



JORGE PIMENTEL

(Lima, 1944)

I

Poeta y periodista. Fundador del Movimiento Hora Zero, junto al poeta Juan Ramírez. Ha publicado los poemarios *Kenacort y valium 10* (1970), *Ave soul* (1973), *Palomino* (1983), *Tromba de agosto* (1992), *Primera muchacha* (1997) y *En el hocico de la niebla* (2007). Es considerado uno de los exponentes más importantes de la poesía peruana de su generación.

## LOS POETAS TAMBIÉN VAN AL COLEGIO

Yo no nací un día que dios estuvo enfermo. Nací en Mariscal Miller 1186, segundo piso de un edificio sin ascensor. Mi padre se llamó Enrique y mi madre, Victoria. La ciudad de Lima en el año 1944, fecha de mi nacimiento, fue el casi final de la segunda guerra mundial y el inicio de toda la barahúnda contenida. No se hizo esperar *Life*, ni *Ecran*, ni *Rico Tipo*, ni las *Dolly Sisteris*, ni los carnavales de La Cabaña. Y llegó Odría, Anakaona, y ante certero cabezazo que hizo temblar las graderías del coloso de José Díaz, Lolo Fernández me llevó al colegio con guardapolvo blanco y la sonrisa primera.

I

Américo Vespucci se llamó la escuelita y ese fue todo mi mundo, todo lo verdaderamente bonito, puro y limpio. Mis colores tenían vacas lecheras, casitas de chocolate y harta vegetación. Mi abecedario era como las tablas de Moisés, y mi pan con mantequilla y los recreos, la conversación obligada con el abuelo que de rato en rato venía a casa a preguntar por el nieto y sus primeras letras. Fabuloso.

El sueño, mi sueño, duró poco. Cómo extraño mi escuelita, tierra de chocolate, piso de caramelo, y también fila, libretas de notas y rodillas cochinas. ¿Fui feliz? Entre gol y gol de Lolo Fernández y letra y letra o el *Pepe is a boy*, y *Mary is a girl*, y el Ford T del viejo yendo y viniendo en busca de chamba, y la familia iba en aumento, mientras la máquina Singer de coser de mi madre apuntalaba los moldes sastres tipo Eva Perón, y

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 16. Lima: mayo de 1986, 28-29.

la cosa marchaba o no, y tenía que sacar por lo menos 16 en Conducta, 13 en Matemáticas, 18 en El niño y la salud.

Nunca me pude librar de los italianos. Tenía italianos por todas partes. En el edificio donde vivía había como quinientos italianos; todos hablando a la vez y comiendo espaguetis rojos, verdes. Ellos fueron también mis maestros, venían de dos guerras y me dieron toda su experiencia y calor de hogar. ¿Y mi padre? ¿Qué hacía mi viejo? Haciendo taxi, entre golpe y junta de gobierno militar, trabajando por Chala, por aquí y por allá, en un Perú sin brújula, caray, y la cosa se ponía color de hormiga. Hubo problemas y me mandaron a Chaclacayo, donde unas tías, por un año: el colegio se llamaba Rosario de Fátima, colegio de padres, colegio de madres, Conducta 15, Matemáticas 13, E. Cívica 16, y los primeros cerros con huacas y perro muertos en las acequias, los guardacaballos entre los pinos y los misales y las escondidas, la honda, la palomillada, las *kermeses*, y la primera comunión, allí con mi padre, mi madre, los primos; la cosa era que la familia se establecía, ya había buena chamba y la consigna no se hizo esperar. "A matricular al chico a Lima". Y de nuevo los italianos, colegio Antonio Raimondi para más señas. Pantalones plomo, saco azul, camisa blanca y corbata. Todos a formar en el patio y los cantos, los himnos italo-peruanos y el de instrucción premilitar, ¿cómo no? Todos los lunes durante cinco años los cantos, los himnos y las palabras del director Capasso, de terno impecable y sonrisa dispuesta, algo así como un Vittorio de Sica. Y llegaron los primeros jalados, los rojos como cancha, 08 en Matemáticas, 10 en Trigonometría, 09 en Inglés y 17 en Literatura. Al vacacional del Melitón Carvajal y en la fiesta de fin de año, unos se fueron a Miami, yo a Pucallpa. No había guita. Pero esa no es toda la historia. Luego vino la separación de los

I

viejos. Mucho apuro, pues para conseguir trabajo, para luchar por los hijos, y los gobiernos, y qué va a pasar con nosotros ahora. Mi madre entró a trabajar en el Correo Central; trabajó durante 25 años y murió; mi padre desterrado en Ica trabajando en una compañía de aguas gaseosas también murió por las carreteras a Palpa en Ica. Se estrelló, voló, lo despedazaron las mil insoportables angustias económicas. Nunca tuvieron nada los viejos, ni fueron propietarios de nada, ni ahorraron nada. Los vi sufrir para pagar las mensualidades del colegio. Eso es lo que más recuerdo del colegio, cuando me botaban por no poder pagar tres a cuatro mensualidades y los viejos sufrían. Y seguramente no solo ellos sino miles de familias, miles de peruanos padres fundadores de hogar y país. ¿Qué aprendí del colegio, qué me enseñaron? Aprendí a querer a los maestros mal pagados, con seis hijos y sin afeitar. Por más que unos malos profesores me remachaban las virtudes de la IPC (International Petroleum Company), no atraqué nunca y tampoco le hice caso a otro profesor mal informado que me dijo que Prado nunca robó al país. Entonces un tío me llevó a la Universidad de San Marcos y me trajo a su catedrático para que me dijera que sí había sido un ratero. El colegio fue para mí comprender que había ricos y pobres. Que se daba preferencias a los extranjeros y que nosotros éramos la última rueda del coche. Cuando terminé el colegio, acabó mi pesadilla porque ya no me iban a llamar a la dirección para pagar los meses de renta que debía. En esos años se consolidaron las ilusiones más bastardas de los que se la llevaron fácil y fueron felices, y muy por el contrario se fundaba la realidad de un poeta que jamás se cansará de vengar a sus padres, con amor.

I

PEDRO ESCRIBANO

(Arequipa, 1957)

I

Poeta y periodista. En 1982 ganó el Premio Poeta Joven de San Marcos. Es autor del poemario *Manuscrito del viento* (1988) y del libro de anécdotas y perfiles literarios *Rostros de memoria. Visiones y versiones sobre escritores peruanos* (2009). Se desempeña como editor de la sección cultural del diario *La República*.

## DONDE SE INVENTÓ LA PALABRA ACARICIAR

Para algunos, Acarí es un lugar donde el diablo perdió el poncho; para mí, donde se inventó la palabra acariciar; por eso será que muchos cartógrafos lo han censurado, pues por más que busco en los mapas y me rompo los ojos mirando, no lo ubico; pero basta cerrarlos para verlo, como un beso en los buenos tiempos, y seco, como una cicatriz en el valle, en los malos. Así lo veo, jodido y pendejo a la vez.

I Ahora sí estoy seguro de que yo empecé mis estudios antes de ir a la escuela porque mi padre, casi analfabeto a pesar de su apellido, fue quien me enseñó que la sabiduría no necesariamente se adquiría en la escuela y a través de la escritura. Desde entonces, los doctores que visitaban mi pueblo me parecían menos sabios que mi tío Cantalicio, que con un hervido de llantén, grama dulce y colecaballo, nos quitaba esa cagadera por comer tomatillo y caña verde; y, más aún, doña Eulogia, que los dejaba cojudos cuando curaba a niños y a viejos sin otros remedios que sus santas palabras. Por eso yo, hasta ahora y aunque no lo tenga, me sigo sacando el sombrero por la gente del pueblo. Y no miento si digo que llegué a la escuela sabiendo leer y escribir, y no porque quiera decir que soy genio, no, eso no, sino que antes ya había acabado con la paciencia de mi hermano Ramón, quien fue dirigente de los peones de Chocavento

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 23. Lima: setiembre de 1988, 26-27.

y me decía: "Hagamos competencia, tú sacas la tarea en tu block, mientras yo saco la que me deja el caporal". Pobre, siempre le ganaba, pues mientras yo hacía tres o cuatro tareas, él apenas una y media o, cuanto más, dos; pero nunca vi un perdedor tan feliz. Es así como fraternalmente conocí las primeras letras.

Fue en abril cuando por primera vez pisé la escuela 14006, que en sí era una casa un poco grande; nunca había visto tantos chicos juntos, muchos de ellos, conocidos. Me quedé lelo cuando se cantó el Himno Nacional en coro y bien tiesos, sobre todo con la voz de un profesor que hasta ahora recuerdo, no sé, pero en algo se parecía al berrido de Chavita, mi chiva que crié con biberón. Sin embargo, lo más sorprendente es que todos teníamos zapatos y estábamos limpios y bien peinados con jugo de limón (por eso duraban mucho); nos ensuciamos a la media hora y acabamos por tirar los zapatos al tercer día, hasta el 28 de julio, para echar nuestros discursos, y en la clausura para recibir nuestros diplomas. Me interesé en usar zapatos mucho tiempo después, en el tercer año de media, cuando mi compañera de carpeta me miraba y me ofrecía todos los días una ciruela.

Cuando estuve en quinto grado de primaria, todos los chicos, en los jardines del colegio, teníamos nuestros sembríos: surquito de maíz tierno, habitas aún con sus lóbulos blancos, filamentos de trigo y cebada, matitas de sandía con pelusas, camote retoñado, etc., que atendíamos con mucho cariño y esmero. Pero un día Chavita me siguió hasta la escuela y no sabía cómo ni con quién devolverla a casa; así es que la escondí en el cuarto de servicios, pero grande fue mi sorpresa cuando me la trajeron de las orejas, terca y panzona, pues como si

I

se tratase de un monstruo, se había tragado todo nuestro sembrío. Ese día en la casa no solamente casi le afeitó su vieja barba sino también casi la camaleo. De eso me acordé al año siguiente cuando la vendieron, a pesar de mi llanto, al precio de cincuenta soles, con lo que me compraron zapatos y ropa nueva que me resistí a usar.

Para mí, aunque me equivoque, la gran escuela fue el campo. En él aprendí a amar a los seres vivos y no vivos; aprendí cómo duele el sol en la cintura y en la piel; que el polvo que tragábamos en los caminos era parte de la tierra que cultivábamos. Por eso es que hasta ahora me veo, con las manos ásperas y rudas, cuidando el nacimiento tierno del frejol. Sin embargo, sería injusto no rendirle homenaje a mi otra escuela, llena de arañas y lagartijas que de vez en cuando interrumpían nuestra atención y nuestra escritura; y en ella, sobre todo, a Víctor Dongo y José Cáceres, quienes a su manera me suscitaron cariño y temor a las horas escolares.

I

Pasaron los días y los años cumpliendo las tareas, primero los mil quehaceres de la casa; como ordeñar las vacas, buscar el pasto para ellas, los borregos y los cuyes; darles sus *aguasucias* a los *cuchis*, cortar la leña, cavar el camote, cocerlo; desgranar el maíz para las gallinas y las humitas y luego tomar la leche pura y caliente y correr a la escuela. Y pobre de ti si llegabas tarde, pues te hacían limpiar el baño, que era un *pozo ciego*; te hacían barrer y regar a balde el patio, que en sí era la plaza del pueblo que no sé por qué diablos la llaman de armas; y encima, para que no llegues tarde otra vez, te ponían cero cinco y te encerraban en el cuarto de las calaveras. Esa mañana perdías tus clases.

De las matemáticas, lo que más me ha quedado son las estrellas y esa luz amarilla que me causaba la profesora con ese *manguito* de escoba cuando golpeaba mi *cabeza de mundo*. Cada número, cada cifra simplemente desaparecía, y también hubiera desaparecido su nombre si es que no se me ocurre ponerle a mi burra un nombre que casi repite el suyo: Aydime.

Cuando ingresamos a media, una tía sembró el miedo y el espanto en la casa, sobre todo en el rostro de mamá, pues dijo: "Tus hijos se van a volver locos... el estudio es fuerte". Y casi sin querer le dimos la razón, pues había noches en que, con el mechero prendido, desparramados entre libros y cuadernos, con los pies descalzos y helados, nos quedábamos dormidos y sin saber cómo amanecíamos en nuestra tarima de pellejo de carnero. Sin duda, papá se encargaba de esa tarea, ¡y éramos nueve! El terror estaba sembrado; por eso mamá nos daba caldo de cabeza de chinguillo (un pajarillo) y dispuso para cada uno una gallina negra. Nadie se volvió loco; al contrario, sacamos buenas notas, incluso diplomas, gracias al cuidado de nuestra madre y seguro también a los huevos de las gallinas negras.

Cada fin de mes Acarí era una fiesta: el cine inundaba de emoción y música el valle; los mercachifles exhibían sus artículos multicolores; la gente llegaba luciendo su ropa nueva y paseaba innumerablemente por las dos calles infinitas del pueblo. Era fiesta cuando de Nasca la *China María* y su comitiva llegaban ofreciendo su cuerpo y regalando su amor; muchas de nuestras propinas se quedaron cariñosamente en sus manos. Y no se diga cuando

I

llegaba el circo, plantaba para asombro de todos su carpa y su magia increíble.

Así era Acarí, donde aprendí lo cierto y lo inverosímil de su realidad, hasta que un día amanecí en esta ciudad enorme, ruidosa y turbia que un día se detuvo como un corazón: 19 de julio de 1977\*; por eso la amo y la honro.

I

---

\* Paro nacional contra la dictadura de Francisco Morales Bermúdez.

REBELDÍA



ROSINA VALCÁRCEL

(Lima, 1947)

I

Poeta, antropóloga y periodista. Obtuvo el Premio Poesía Cátedra Literatura en 1965 y el Primer Premio de Poesía José María Arguedas en 1974. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Sendas del bosque* (1966), *Navíos* (1974) y *Una mujer canta en medio del caos: poesía, 1975-1990* (1991). Es autora también de estudios de antropología, como *Mitos, dominación y resistencia andina* (1988).

Todo empezó el 9 de marzo de 1951, al borde de los cuatro años, en tierra mexicana, cuando desperté al compás de un danzón sensual, sin saber si sobreviviríamos al largo exilio de papá.

En la primera pensión solía jugar a solas y dialogar con seres imaginarios, en los rincones y bajo el arcoíris de mis sueños. Ahí, desarraigada y fuera de la ley —con los míos—, formé parte de la rebelde legión de expatriados por sus ideales libertarios, gracias al dictador Odría.

I Gustavo Valcárcel, nuestro padre, renunció al Apra por el apoyo que Haya de la Torre le dio a la invasión de Estados Unidos a Corea del Norte. Este hecho clave y su audacia habitual nos condujeron en primavera del año 1953 a otro acontecimiento, de varios meses, en Guatemala durante el gobierno antiimperialista-democrático de Jacobo Árbenz. Padre trabajó directamente con el asesor de prensa del Presidente, en ese espacio nuevo donde papá conocería al Che Guevara y alzaría varios proyectos periodísticos políticos.

¿Cómo olvidar el Placet? Nuestra casa al pie del volcán, el olor a leña de la cocina, las rondas con hijos de indias de ligero andar, mi dulce casita de muñecas, el áureo barco-piñata, los disfraces de crepé que mamá componía, los bueyes cercando la casona —donde padre trataba de criar pollitos que

---

Publicado originalmente en *Autoeducación* 47. Lima: octubre de 1995, 15-17. La versión que aquí se incluye ha sido revisada por la autora y corregida por Charo Arroyo especialmente para esta edición.

la peste se habría de llevar—. Ahí el 1 de abril, aniversario de Xavier, nuestro hermano suertudo, festejamos su *santo* pues empezaba el año y aún había monedas.

Para ir a la escolita y garabatear el a-e-i-o-u caminábamos por una calle empedrada, pillando la frondosa naturaleza esmeralda y el aura campestre con piso de barro, paredes de adobe y eco de la intensa historia guatemalteca. Durante el recreo, íbamos a un cerro aledaño y, sobre unas grandes hojas, placenteros rodábamos de lo alto y caíamos alborozados.

Cuando aún nos amamantaba la magia de aquel golpeado país centroamericano, en mayo de 1954 hubo que dejar la tierra de Guatemala pues había una gran crisis provocada por la oligarquía guatemalteca, ya que Jacobo Árbenz era el primer Presidente de América Latina que se atrevió a oponerse a los intereses de la United Fruit Company y realizar una Reforma Agraria. El secretario personal de Árbenz, por consejo del propio Presidente, en vista del inminente riesgo acechante, exhortó a papá a retirarse de Guatemala con toda la familia. Hubo pues que acatar y dejar atrás a la perseguida hermana patria guatemalteca, retornar al Distrito Federal y emparentarnos otra vez con el pueblo que nos volvería a brindar asilo, arte, ideales y amistad: México. Sí, *México, lindo y querido...*

Contra el tirano Castillo Armas y solidaria con Guatemala, poco antes de su muerte la pintora Frida Kahlo, bien adornada en silla de ruedas, y cientos de artistas e intelectuales participaron en un mitin crucial en 1954. El mitin se realizó en el Zócalo. Padre nos llevó a mis hermanos y a mí. El 27 de junio de 1954 sería derrocado Árbenz por las Fuerzas Armadas a través de

un golpe de Estado a cargo de Carlos Castillo Armas, con el patrocinio de Estados Unidos a través de la CIA.

Ese año cursaba el primer grado en el colegio particular Isabel de Castilla. Mi maestra, Julia Cabrera, risueña, nos enseñó: "Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón, con el pico picaba la rana...". Mi mejor calificación fue en Conocimiento de la Naturaleza. Vivíamos entonces en Mariano Escobedo 720, dpto. 3. Sentimental, como la mayoría de las niñas, en mayo escribí: "Mamita para ti mi corazón" (con el apunte de una rosa). Mis dibujos, los héroes Cuauhtémoc, Hidalgo, Dolores, Morelos, Juárez, Villa y Zapata, los asocio a nuestro primer himno patrio "Mexicanos al grito de guerra...".

I En 1955 cursé el segundo grado en la escuela estatal Mariano Azuela, ahí Ruth Hiriart, la sensible profesora, nos inculcó fervor por el teatro y la danza. Mi promedio fue 8, obtuve 9 en Aritmética, Geometría y Conocimiento de la Naturaleza y 10 (la nota máxima) en Civismo, Dibujo, Canto y Trabajos Manuales (o "Femeniles"). Nuestro hogar quedaba en la calle Zempoala 80, dpto. 2.

En la foto de inicio de clases hay huellas de escaso orden o falta de uniforme; hechos que me causaron prematuro sentido del absurdo y lo marginal, compensado después por efímeros éxitos: en los concursos de ortografía, en las actuaciones (papeles de india en una danza guerrera maya, y de hongo en *Cascanueces*), o tramando un *quesquémetl* (similar al poncho), pues debíamos aprender algunas labores manuales. Uno de los avances de la educación mexicana era la enseñanza integral (no solo la mixta y laica), teoría y práctica (como existe en Cuba). Mis manos trabajaron, lo que permitió a mi familia

saborear un budín tostadito. Insólita evocación de bienestar. No recuerdo haber sido segregada por extranjera o por ser hija de exiliado. Más bien nos permitieron crecer y dentro de un clima cálido, de amor a la identidad nacional y con derecho a la libertad fuimos buenos alumnos.

Nuestros paseos dominicales al zoológico —para dar cacahuates a los monos (de raras posturas) y subir a los caballitos— o al atractivo Bosque de Chapultepec eran la mejor golosina (una fiebre de alas grises y paperas me callaron una tarde). De vuelta al barrio, íbamos al departamento de una vecina para gozar un programa televisivo de cuentos, con el preludio musical:

Si a tu ventana llega una paloma,  
trátala con cariño que es mi persona,  
ay, chinita, que sí;  
ay, chinita, que no;  
ay...

I

*La bella y la bestia* fue mi relato favorito. Nos llovían otras lecciones, paralelas a las escolares, como las narraciones paisajistas que el tío Juan Pablo Chang e Irene, su novia colombiana, nos contaban al atardecer; la voz del tío Luis de la Puente Uceda fabulando que en las puertas del Cusco crecían todavía el maíz de oro y las llamas de plata, o enseñándonos la letra del himno peruano. La fresca poesía del tierno Juan Gonzalo Rose. Los chistes intermitentes de Manuel Scorza. El cariño hondo de los tíos Hebé Heredia y Willy Carnero Hoke. La discusión sobre los oprimidos de América Latina entre el fraterno Jacobo Hurwitz y los agudos Teodoro Azpilcueta,

Augusto Chávez Bedoya y la mayoría de los estoicos apátridas apristas y comunistas.

El tercer año también lo estudié en el Mariano Azuela, durante 1956, donde advertí la riqueza mitológica azteca y la belleza de la música clásica, a través de *Cuadros de una exposición* y de las óperas *Aída* y *Carmen*, que embriagada oía (a la hora del recreo). A la salida, mi hermano Xavier y yo trepábamos a unas palmeras altas para hurtar dátiles dulces. O comíamos, con Marcelito, jícama con chile piquín. A mí me cautivó la fantasía de ser una planta o un ave, para así evadir la desazón y angustia de mis padres por su lejano Perú amado.

I En casa nos esperaba el popular aroma de las tortillas, el guacamole, los frejoles, el mole o las quesadillas, sazonadas por Matilde y Dolores. Una de las muchachas me platicaba antes de dormir: "¿No oyes, mi niña, cantar como Jorge Negrete? Pues es Pedro Infante recogiendo sus pasos". Y cuando, con los ojos fijos en la pared y no podía dormir ni soñar (pues un sombrero y la ropa parecían un ser extraño y se había vuelto una la pesadilla periódica), la cálida trabajadora china poblana me cubría con la fragancia de su rebozo, hacía la señal de la cruz y le oraba a la Virgen de Guadalupe para espantar los acechantes espíritus infernales. Por ello, desde entonces, la Lupita me acompaña.

Cuando disponía de tiempo, mamá ideaba competencias de estudio, aseo y alimentación; premiando al ganador con una *chamarra*. Y, bellísima, como la luna al anochecer, la musa peruana de Diego Rivera nos inventaba relatos coloridos con ventanitas maravillosas que cruzábamos para ahuyentar al invierno y las calaveras, y así huir de la realidad. Yo la amaba, también, a la hora de los ejemplares cuentos rusos: *La manopla* y

*Chuk y Guek*. Qué nostalgia la imagen de los niños protagonistas sobre una carreta, al medio de la cubierta crema que envolvía aquel adorado libro fabuloso.

Aunque mis hermanos y yo habíamos empatado muy bien con México, y el Perú continuaba siendo un ajeno país *clausurado*, tras meses de protesta para lograr la amnistía —que dio el parlamento de Prado—, el 9 de diciembre de 1956 volvimos a la patria, hablando como meros cuates y bailando el jarabe tapatío con mi manito Gustavo. Como es de suponer, el ave quetzal de Guatemala, el águila y la serpiente mexicanas y la llama peruana nos habían armado un relajo tremendo. Por ello, durante el verano de 1957, mientras papá Gus conspiraba el semanario *Perú Popular*, sus hijos tuvimos que soportar un aburrido ciclo de recuperación para poder aprobar Historia y Geografía Nacional. Solo así el Ministerio de Educación convalidaría los anteriores años cursados en México. Entonces, felizmente, el olor a miel que mi cuerpo empezó a emanar fue un remedio, pues me dejó soñar con el primer chico que me atrajo, y en esta forma pude volar y zafarme de la monótona clase. Después a Marcel y a mí nos matricularon en el Montessori School, frente al cine Azul.

Ahí, en Santa Beatriz, para una actuación singular, la profesora de Arte nos hacía ensayar la polka:

Adiós, doña... a bailar esta polkita,  
acuérdesse de sus tiempos aunque sea usted abuelita  
el corazón no envejece y de alegría palpita  
cuando se oyen los acordes de una música bonita.

Viejos y muchachos, todos a bailar,  
esta alegre polka que es muy singular...

De puro contreras forcé a mi hermano menor a arrodillarse para orar juntos por nuestra familia. Otra vez, Mochita, Marcel y yo nos hicimos la *vaca* para gorrearle una película al seductor cine Azul.

Aprendí un tanto de inglés, gocé con la jota española, cursé bien cuarto y quinto de primaria y me condecoraron con dos medallas. No sé si por aprovechamiento y *misticismo*, pero fue la única vez en mi vida. No la pasé mal. Hasta que a mami Violeta se le ocurrió que su hija debería estudiar secundaria en una escuela estatal, para evitar algún *aburguesamiento*.

I Aunque el viejo Gustavo discrepó, mamá se impuso y me llevó a la Gran Unidad Escolar Teresa González de Fanning, donde me asusté al ver un local grandote y lleno de gente extraña. De yapa, en secundaria común no había vacantes, y el primer año me inscribieron en secundaria comercial. No olvido los insomnios tratando de cuadrar el "debe" y el "haber". Desde 1960 ya pude estudiar secundaria común. Luego de tantos cambios, fue difícil adaptarme a ese colegio, además, las profes de Matemáticas, Geografía e Inglés carecían de imaginación y eran abusivas. Pero me animé con la pedagogía de las maestras de Educación Artística, Literatura, Historia y Música. En especial con la señorita Ada Pastor, tutora de la Sección "A" (a la que pertenezco), pues ella estimuló —en gran forma— mi inclinación literaria.

En clase de Educación Física, durante una prueba de salto, yo me enredé junto al taburete, provocando la carcajada de mis compañeras y una nota roja en la libreta. Me agraviaba la Jefa de Normas Educativas (señora Amado), quien no hacía honor a su apellido ni a su cargo, y desde el micrófono del

segundo piso gruñía: "Esa Valcárcel, ¿por qué no está en la fila? ¡Castigada!", por el hecho de estar exonerada en el curso de religión (pá tan anticlerical), y la profe de Geografía me echó del aula cuando me dio un ataque de risa al paporretear tantos ríos y lagos. Pero ello fue equilibrado por el gran afecto de mis cómplices, con quienes compartí diabluras e ideales: las amigas del colegio Imelda Phumpiú, Mochita Mauriz, Violeta Maya, Haydée Cerna Wong y Luisa Talledo. También participé en el coro (fervorosa, pero desafinada), canté *Malabrigo* en una actuación grande. Por entonces, habían apresado a Hugo Blanco y a Miguel Tauro, el tutor de los pioneros. Héctor Béjar había pasado a la clandestinidad. Era la etapa inicial del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), los compañeros Javier Heraud y Alaín Elías estaban encubiertos en el monte de la Amazonía. Y John F. Kennedy era asesinado en Estados Unidos.

I

Mientras, escondida bajo mi carpeta, yo acariciaba con emoción *La dama de las camelias*, un cancionero de la nueva ola y el regalo de Víctor Phumpiú: *El manifiesto comunista*, cuando la señorita auxiliar estaba distraída. De las obras que leí con verdadero interés, recuerdo la tensión dramática de *Crimen y castigo*; *España aparta de mí este cáliz*, y el lirismo de "Acuérdate de mí"; y los versos a Silvia de Melgar. Fue tal el impacto que me dejaron Dostoievski y Vallejo que, afligida reñí con aquellas condiscípulas que de cierto modo se mofaron al oír "Masa", acentuando así mi atemporal y obsesiva relación con los humanos y el romanticismo.

Cursaba cuarto y quinto de secundaria cuando debuté en la poesía, con el segundo premio en el concurso del 23 de setiembre de 1962 y el primer premio en el de 1963. Mis iniciales

composiciones se publicaron aquellos años en *Luz*, la revista del colegio. Sin ser chanchona ni estar entre las mejores estudiantes, salí invicta, y no dudé que ingresaría a la universidad. Ciertamente, no tuve anillo de oro, fiesta pomposa ni viaje de promoción, pero una de mis amigas, generosa, me escribió en el cuaderno de autógrafos: "Rosina... La promotora del bullicio, alegría y jolgorio del salón, la poetisa del despertar primaveral, su hobby: las fotografías". ¡Qué paradoja... Si a tu ventana llega una paloma...!

I

JUAN CRISTÓBAL

(Lima, 1941)

I

Poeta y profesor universitario. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía en 1971 y los Juegos Florales de San Marcos en 1973. Ha publicado poesía, cuentos y prosa testimonial. Entre sus libros destacan los poemarios *Cantual* (1963), *Carta a una compañera* (1967), *Y su cadáver cuelga como cebo de las auras* (1973), *El osario de los inocentes* (1976), *La isla del tesoro* (1982), *¿Todos murieron?* (1987), *Despedida del bribón* (1988), *Memoria de lo infame* (2002) y el ensayo *Uchuraccay, o, El rostro de la barbarie* (2003).

## MI INFANCIA Y MIS COLEGIOS

Podría comenzar los recuerdos de mi infancia en mis colegios, como el famoso poema de Abraham Valdelomar:

    Mi infancia, que fue dulce, serena, triste y sola,  
    se deslizó en la paz de una aldea lejana,  
    entre el manso rumor con que muere una ola  
    y el tañer doloroso de una vieja campana.

I       Porque mi infancia fue siempre una aldea, ya Huancayo, Chosica o Lima, pues las figuras que guardo de mis compañeros, profesores o venerables antepasados, muchos de ellos viajando ya por el recodo de las lejanas riberas, fueron como el rumor de una ola. Mientras los recuerdos de los muros y patios de mis colegios han sido constantemente, "el tañer doloroso de una vieja campana", tal vez porque siempre fui rebelde a la soledad de los cuartos y de los muros envejecidos. Muros que siempre me persiguieron: los de mi casa, por mi tradicional enfermedad, el asma; o los del colegio, ora religioso, donde rezábamos a un dios invisible e inmaterial que nos hacía comer "su cuerpo" todos los primeros viernes; ora los laicos, donde los secretarios y directores nos castigaban porque habíamos comenzado a conocer los primeros aguardientes maravillosos de la tierra. Así, mi vida de colegial, transcurrió "triste y sola".

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 4.  
Lima: agosto - noviembre de 1982, 49-50.

Sin embargo, hay otros recuerdos adyacentes. Los de las orilla de los ríos, cuando íbamos a bucear como los peces, para olvidarnos del rostro maligno del profesor de Química y Física. O los de los balcones de los cines, cuando no queríamos saber nada de Anatomía y Geometría. O de las calles desiertas y ensombrecidas por los árboles añosos de la tarde, cuando adivinábamos el color de las voces de las muchachas, olvidándonos por completo del mundo. No conocíamos todavía ni a Vallejo, ni a Eguren, ni la revolución bolchevique que después, ya en San Marcos y Madrid, nos regara con sus maravillosas semillas. Pero colegio, infancia y recuerdos traen como las estrellas en el campo, la admirable luz de los amigos del barrio, aquellos que nos han dejado una hoguera que seguirá perdurando aún más allá de nuestras tumbas.

El colegio siempre me pareció, como después las cárceles que conocí, de una soledad inenarrable. He querido siempre olvidarlo, pero siempre lo he recordado, no tanto por su vida interior, sino por "su aspecto de plaza de provincia"; pues más recuerdo las calles que lo bordeaban, el horizonte por el cual lo divisábamos, los sonidos gratos de sus viejas campanas, que sus propios muros internos. Un psicólogo podría explicar mejor la razón de estos sueños... y también las bodegas y bares de ese entonces, cuando nos escuchaban modular con nuestras pésimas voces antiguos boleros ("Espinita") o recordadas rancheras ("Tú y las nubes") en honor a defraudados amores o a tiernas esperanzas, que, como los sueños de entonces, volaron por diferentes campos de nuestra existencia.

Quizá dos recuerdos me sobreviven hasta hoy: las calles terriblemente nostálgicas, melancólicas de Chosica, con su parroquia levantada cual un cuervo en mitad de un parque;

y los días aquellos en que todo era sol, alegría y bondad por las calles: los fines de semana, que tenían su epílogo cuando hacíamos algún gol en las vallas del contrario y después venía el reguero de cerveza, que aún no eran azules, sino doradas como los propios años que hoy llevo auestas, o rosadas como la propia existencia cuando creíamos que la vida "era una tómbola".

Y en medio de todo eso, como una flor encarnada en la cocina humilde de la abuela, los primeros amores, las primeras cartas de amor, las esperas en la esquina, las promesas eternas, y para no desairar a ningún *existencialista*, un "hombre razonable a la medida de los tiempos actuales", nuestras primeras y memorables masturbaciones con las fotos de Marilyn Monroe o Jayne Mansfield en nuestras billeteras, cerca siempre del corazón.

I

Y ahora, como dice un sabio amigo, es posible que si en vez de aprender esas ásperas y difíciles lecciones del colegio, de las cuales ya no tenemos el más mínimo recuerdo, hubiese sido mejor que nos hubiesen enseñado la vida a la orilla de un río o en viejas tabernas donde la sabiduría es más exacta que en nuestras ilusiones, siempre frustradas. Quizá no hubiésemos necesitado de tantas palabras para decir lo que deseamos hacia el fin de nuestras vidas: "Que los amigos y los hijos nos recuerden, bajo un bondadoso árbol bebiendo un vaso de buen vino, mientras se distribuye la justicia de la revolución como las semillas por el aire". O como el tango ese de: "¡Quién tuviera 18 años para brillar en las acciones!".

AUGUSTO HIGA

(Lima, 1946)

I

Narrador. Integró el Grupo Narración. Recibió el Premio José Watanabe Varas de Cuento en 2012 y el Premio de Novela Breve de la Cámara Peruana del Libro en 2014. Ha publicado los libros de cuentos *Que te coma el tigre* (1977), *La casa de Albaceleste* (1987) y *Okinawa existe* (2013), las novelas *Final del Porvenir* (1992), *La iluminación de Katzuo Nakamatsu* (2008), *Gaijin* (2014) y *Saber matar, saber morir* (2014), y el testimonio *Japón no da dos oportunidades* (1994).

¡Si no sabré yo lo que es el colegio! Nuestra escuela no tenía nombre, tenía número: éramos los del 428, del Cercado de Lima, y allí en el patio y en las aulas, nos reuníamos los autodidactas para darles nombres a las cosas, unos 700 niños con caras de bestias y bigotitos a lo húngaro; pues era la década del cincuenta y los célebres húngaros batían a todos los equipos en el campeonato mundial. Y eran brillantes, audaces, colosales, y sobre todo tenían bigotitos, un par de moscas en el labio superior, y nosotros los imitábamos de lo lindo, dibujándonos rayitas con los lapiceros de plumillas, nuestros tinteros cuadrados y esos hermosos secantes dignos de un Ministro.

I

Por aquel entonces vivíamos en carnaval perpetuo, los veranos eran más largos, había un general anodino gobernando la nación, el siniestro Esparza paseaba el Rochabús y el dólar valía menos de 16 soles. Para nosotros los muchachos de la 428, dictadura sonaba a país de machos y pólvora; por eso íbamos al colegio armados hasta los dientes, y en el patio armábamos fraternales batallas con piedras y vidrios: tercero contra cuarto año, segundo contra primero, y todos contra el quinto año, donde había un enanito maltón con cara de ascuas, dueño de una patada mortífera y unos cabezazos sangrientos, capaz de tumbar la pared con solo mostrar los dientes.

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 3. Lima: mayo - julio de 1982, 48-49.

Sin embargo, todo esto no eran más que niñerías, comparadas con los atributos de lo que para nosotros era la personificación de la idea de patria y escuela: Mardonio Martínez. Una fuerza de la naturaleza enloquecida, una personalidad confundida: virolo, cruel y de apetitos bestiales. Hacía las veces de inspector y respondía al apelativo de F.T.D. —que significa feo, tuerto y desgraciado—, y era el encargado insustituible de hacer las incursiones punitivas. En las mañanas se despachaba un desayuno de trompadas con los que llegaban tarde, a las 10, previo visado de profesores, sacaba al patio a los que se habían portado mal en cada aula y repartía cachetadas, puñetazos a todo dar. A la salida, en plena formación, se daba el lujo de despedirnos a patadas: siempre brioso, represivo, F.T.D. tenía colección de chicotes, palmetas, soguillas, garrotes, y declaraba con su buen humor que podía ser profesor de anatomía porque conocía todos los secretos del cuerpo humano.

I

En el fondo, profesores y padres aceptaban que los niños debían ser corregidos, enderezados a porrazos, hacia ese abstracto camino que llamaban la "senda del bien y el provecho". Que yo sepa, jamás ninguno de nosotros encontró el camino, y más bien comprendimos que el colegio no era más que la comisaría disfrazada, y de algún modo intuíamos que las mismas cosas venían ocurriendo en la producción, el comercio, la industria y las demás actividades: un chongo completo. No obstante nuestras penurias, los chicos de la 428 crecimos gozando de la vida, defendidos solamente por el instinto de conservación y la inspiración personal, cultivando el enano que todos tenemos dentro, ese que nos aconseja, nos calma y nos arrulla en las peores ocasiones, y que los zonzos llaman inteligencia o conciencia.

Fue precisamente ese enano quien nos enseñó a ser pendejos de cabo a rabo, en cualquier momento y circunstancia, si queríamos subsistir en este mundo. Si el colegio tenía reglas y normas violentas, nosotros creábamos la contra-regla o una especie de respuesta. Así, por ejemplo, por buena educación, por tener entrenado el instinto, rompíamos puertas y ventanas, le mojábamos el terno al profesor, malográbamos baños o carpetas, y cada vez que queríamos nos escapábamos del colegio: era la liberación momentánea. Así fuimos madurando de manera incompleta; no fuimos ni buenos ni malos, ni héroes ni mártires, aplastados y jodiendo en todo momento. Hasta que dejamos el colegio sin pena ni gloria, con muchos recuerdos y amistades, y con el sentimiento de que fuimos felices a nuestra manera, quizá porque nuestra idea de la felicidad siempre ha sido deformada y subdesarrollada...

I

## LUIS URTEAGA CABRERA

(Cajamarca, 1940)

I

Narrador e investigador. Entre otros reconocimientos, ha obtenido el Premio Nacional de Cuento en 1968, la Bienal de Novela José María Arguedas en 1972 y el Premio Casa de la Literatura Peruana en 2017. Ha publicado, entre otros, los libros *Los hijos del orden* (1973), *El universo sagrado* (1991), *El arco y la flecha* (1996), *El otorongo y el oso hormiguero y otras fábulas de la Amazonía* (1992) y *La tortuga y el otorongo negro y otras fábulas de la Amazonía* (1996).

Mi primera escuela constituía una especie de puerta entre la vida del campo y la ciudad, que había que atravesar obligatoriamente. Consistía en una sola aula, pequeña, en casa del profesor, lo que nos obligaba a compartir su vida cotidiana. Hablo de un pueblo de la sierra perdido en el mapa, allí por los años cuarenta.

I El nombre del profesor se ha borrado de mi memoria. En cambio recuerdo que era un trujillano versado en latín, adorador como pocos del pasado señorial. Aparte de enseñarnos a leer y escribir, su empeño mayor consistía en civilizar a esa "tropilla de campesinos chúcaros", como solía llamarnos. Sin embargo su sueldo era tan exiguo que apenas le permitía vivir modestamente. Y se veía obligado a alternar la docencia con el negocio de leña que le proporcionábamos los alumnos en pago de sus desvelos.

La leña era de eucalipto y su fragancia penetraba al salón de clase. Se amontonaba en el patio a la vista del salón, debajo de los cordeles de ropa tendida del profesor, junto a unos cuantos patos y un burro. Cuando no estaba trabajando, el burro permanecía amarrado a una estaca, mirando con interés lo que ocurría en el salón. Pero a veces se soltaba y llegaba hasta nosotros. Y era el alumno más atento a las enseñanzas del profesor, con lo cual describía su vocación intelectual.

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 36. Lima: diciembre de 1992, 37.

Muy pocos sabíamos apreciar su importancia. Pero era indudable que la escuela dependía de él. Además de complementar las necesidades económicas del profesor, la venta de la leña servía para comprar tizas, cuadernos, lápices y otros útiles escolares que se repartían entre los alumnos.

El alumno que no supiera repetir algún pasaje de la mitología griega y latina, se hacía acreedor a cargar de leña al burro, conducirlo por las calles del pueblo y ofrecerla a grito pelado a los posibles compradores. Todos los alumnos odiaban esta tarea debido al inmerecido desprestigio social de que gozaba el burro. Yo lo amaba. Y debido a mi aversión incurable por el latín y los guerreros griegos, era su acompañante más frecuente por las calles del pueblo y las caminatas eran una especie de celebración. Imaginaba a mi amigo provisto de alas, como el caballo de la mitología griega, repartiendo leña por el mundo entero.

I

Lo atendía, le daba su comida, lo bañaba en la acequia, le quitaba los parásitos de las orejas, le curaba las heridas ocasionadas por la leña, conversaba con él de mis angustias y alegrías de niño, de mi desadaptación y desarraigo. Su rebuzno, que matizaba las ensoñaciones del profesor, era, a despecho de sus injustos detractores, una lección permanente de canto. Sí, un poderoso canto de protesta, que indignaba al profesor, contra la domesticación y las humillaciones inferidas a su especie; entre la cual, con seguridad, nos consideraba a los estudiantes, petrificados y mudos en nuestros asientos mientras el profesor pontificaba.

Al margen de sus atributos artísticos intelectuales, el burro significaba para mí la libertad perdida, ahora lo sé.

Lo admiraba y lo compadecía. En su mirada fraternal sabía encontrar las corrientes del viento y del agua, el vuelo de los pájaros que discurren libres por el mundo. Y, sin proponérselo, se convirtió en el símbolo de mi temprana resistencia a la arbitrariedad. Pero tengo que reconocer que su incurable afición por las burras hizo peligrar muchas veces el negocio de la leña.

Cuando ya supimos leer y escribir, quedamos aptos para la Escuela Fiscal. Para mí significó un acontecimiento muy penoso y sentí una gran tristeza al abandonar a ese compañero de mis primeras letras y mis primeros pensamientos. Y en los demás Centros de Estudio que he recorrido, que no han sido muchos, jamás encontré un compañero tan generoso y discreto, tan irreverente y solidario, cómplice mío en aquel vano intento del profesor por hacerme un civilizado a la manera grecolatina.

I Sirvan estas remembranzas como un reconocimiento tardío a su gran humanidad. Y sean frescas el agua y la hierba que disfruta en las praderas del más allá, sin estaca, corriendo detrás de sus sueños y de las burras, libre ya de la leña y el latín.

## VOCES DE MAESTROS



ESTHER CASTAÑEDA

(Lima, 1947 - 2010)

I

Poeta y profesora universitaria. Reconocida como pionera de los estudios de género en el Perú, realizó tanto publicaciones de crítica literaria como de creación poética. Es autora, entre otros libros, de los poemarios *Interiores* (1994), *Carnet* (1996), *Falso huésped* (2000), *Piel* (2001) y *Fiebre de familia* (2005), y del ensayo *El vanguardismo literario en el Perú. Estudio y selección de la Revista Flechas (1924)* (1989).

I Para muchas mujeres es difícil ejercer y acceder a una cátedra universitaria, yo lo conseguí. Actualmente trabajo en el Departamento de Literatura de San Marcos. Me dedico a la enseñanza e investigación y me siento muy satisfecha del oficio que elegí. A veces cuando me preguntan por mi vocación pienso que la respuesta se halla en mis años de colegio. Estudié en el Gertrude Hanks, colegio al que seguí desde su fundación hasta la colocación de la primera piedra del moderno local que se levanta ahora fuera de Lima. Quienes afirman que es como un segundo hogar, no se equivocan. Sin embargo, el corazón de ese hogar estaba en la dirección. Allí la figura baja y obesa de la directora representa su mejor papel, especialmente cuando nos llamaba para amonestarnos o para sugerir que organizáramos una rifa, un bingo. Su amabilidad con las hijas de profesionales destacados contrastaba cuando recordaba a unas el favor que les hizo al matricularlas o cuando preguntaba a otras por parientes que explicaran la diferencia de color, oscuridad de la hija y la blancura de los padres o viceversa. Naturalmente no fue en ese lugar donde descubrí mis inclinaciones pero en cierto modo llegué a fortificarlas.

Recuerdo que a los doce años me propuse leer íntegramente el *Quijote*. Con Margarita, la amiga entrañable

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 37. Lima: mayo de 1993, 31-32.

de esos años. Pedimos la obra en la secretaría, nos miraron extrañadas, no era habitual que las alumnas consulten libros. Después de una serie de trámites, nos entregaron una lujosa edición. Como no había un lugar adecuado, improvisamos un rinconcito allí en el mismo recibidor. Me sentí orgullosa por dejar las novelitas de aventuras y entrar al mundo de los mayores. Pero el cambio de hora nos cogió en la primera página, lo devolvimos calladas. Sentí cierta desazón y traté de consolarme diciéndome que después lo leería, que habría tiempo. Al año siguiente devoraba muchas historias; con la autorización especial de préstamo iba todos los días a señalar el título que quería. En casa no contaba con libros, mejor dicho no tenía biblioteca. Por eso, acercarme a esos estantes que entremezclaban textos europeos, premios nobeles, *best-sellers*, como el de Françoise Sagan, y literatura rusa e hispanoamericana era una delicia, especialmente porque leía sin excepción, desordenada pero libremente. Y hubiera seguido así, si a mediados de año no se hubiera marchado la profesora de castellano. Su ausencia nos preocupó porque con ella se completaba una constelación de *profes* que no nos daban problemas y lo más importante: ponían notas altas. Nos preguntábamos qué podíamos esperar de la *nueva*. Ella, de lentes gruesos, con casi nada de maquillaje y rostro inexpresivo, logró que mi promoción —*pink*, la más terrible de aquellos días— le hiciera algunas bromas de mal gusto, pero eso no duró más que un rato. No puedo explicarme cómo sin gritos, amenazas ni castigos, nos puso en vereda. Su seguridad hizo que el bullicio cediera y terminó desarmándonos con sus observaciones puntuales dotadas de fina ironía. Rápidamente nos adaptamos a su estilo, a su preferencia por las actividades

I

y a sus sobrias explicaciones que nos hacía fácil resolver los ejercicios y exámenes.

Una tarde escribió en la pizarra un largo fragmento de *La malquerida* de J. Benavente, que comienza "Que no se vea el humo aunque se arda la casa...". Tuvimos que leerlo, cada una, a regañadientes. Miss Delia corregía las pausas, la entonación, el énfasis. Desde mi asiento vislumbré una dimensión que nunca me había interesado, un mundo de sonidos y silencios. El itinerario era su brazo: ascendiendo-descendiendo incansable; legitimaba otro rostro de la palabra. Mientras llegaba mi turno, traté de cambiar acentos, juegos con ritmos y frases que antes consideraba ajenas y sagradas; y sucedió lo mágico: sentí que aquellas palabras podían en cierto modo también pertenecerme, eso era increíble. Miré a mi alrededor para compartir la sorpresa, pero me di cuenta de que para las demás era solo un ejercicio con nota. En otra ocasión nos pidió que describiéramos nuestra casa y elegí la casita de mi infancia; empecé por la fachada, la puerta, el color de las paredes, la forma del jardín; mientras escribía, le agregué más intensidad al matiz de las paredes, mayor frondosidad al árbol; y me di cuenta de que podía fundar para mí y para los demás una casa inexistente. En ese instante intuí un aspecto de lo que más tarde sería mi *oficio*.

Después supe que mi maestra Delia Moreno Avila es sobrina del poeta Manuel Moreno Jimeno, pero creo que esa circunstancia no añade, ni mella su sensibilidad, su don, el trato digno y grave que dispensaba a todas sus alumnas por igual. A través de su mirada conocimos vidas y escrituras que nos dieron confianza y respeto por el ser humano. Mis compañeras no la apreciaron debidamente. En cuanto a mí,

ella consolidó e inauguró pasiones fundamentales. A pesar de que después tuvimos largas conversaciones, no le llegué a agradecer de manera explícita su palabra amiga, su modo de ser que tanto aprecio. Por eso quedó, por lo menos de mi parte, un agradecimiento inconcluso.

Ahora cuando suelo ir a Barranco y paso ante su casa en la avenida San Martín y veo entre los árboles el techo del envejecido invernadero, tengo la certeza de que puedo detenerme y encontrar, como tantas veces me ha pasado a lo largo de estos años, su afecto, su comprensión y su sonrisa amable, esa que tanto pugnaba por sorprender en los días de colegio.



JORGE ESLAVA

(Lima, 1953)

I

Narrador y docente. Recibió el premio El Poeta Joven del Perú en 1980 y el Premio COPÉ de Poesía en 1982. Ha recibido también numerosas distinciones por sus contribuciones a la literatura infantil. Ha publicado, entre otros, los libros *Descuelga un pirata* (1994), *Flor de azufre* (1997), *La loca de las bolsas* (1999), *Jugar a las escondidas. Una invitación para escribir cuentos en la escuela* (2013) y *Zona de encuentro. Lecturas urgentes para educación secundaria* (2017).

## DISCÍPULO Y MAESTRO

Haz memoria y escribe. Querían tus padres un colegio religioso, de prestigio, para ti que eras el primer varón de una prole que crecería numerosa. Con estampa regordeta, algo ceremonioso y cara de monaguillo, tenías poco derecho a esperar otro destino que una educación católica, apostólica y romana. Te enviaron con los Hermanos de La Salle y cursaste, en su antiguo local de Breña, parte de tu educación primaria.

I Ni amigos ni alegrías, solo recuerdas el coro testarudo machacando la tabla de multiplicar y los cuadernos doble raya, siempre interminables, bajo tu limpia caligrafía. También guardas en la memoria un ritual, por entonces frecuente: estar al frente del salón, interrogado por el maestro y no encontrar respuesta, mirar el techo alto en busca de la salvación divina, apretar los dientes y ofrecer, lenta y resignadamente, la palma de la mano o la yema de los dedos para el palmetazo. Tarea impía que la hermandad se esmeraba en cumplir.

Han transcurrido veinticinco años y no hubieras querido, aunque te amarga la saliva contenerlo, mencionar aquellas ejecuciones públicas. Los fantasmas del Santo Oficio en pleno colegio, en la segunda mitad del siglo XX, se las apañaban para prolongar el vínculo entre doctrina y recelo. Los métodos eran

---

Publicado originalmente en la revista *Autoeducación* 25. Lima: mayo de 1989, 31-32 y posteriormente, con algunas correcciones, en: Eslava, Jorge. *El libro del capitán (Navegación por la literatura infantil)*. Lima: Ediciones Taurus Santillana 2008. De esta última versión procede el texto aquí recogido.

simples y eficaces: arrodillarse, con los pantalones cortos, sobre chapitas dentadas de latón o sostener un buen rato, con los brazos extendidos y en presencia de todos, algunos libros que no soportaban tus manitas. Era un suplicio largo y vergonzante. Sin embargo no había pena más grave que ingresar al cuarto de los trebejos, bautizado por la orden como el Purgatorio. Era un desván bajo y con olor a guardado, tan oscuro como un dogma religioso, que estaba ubicado en el último piso de la vetusta construcción del colegio. Aquí llegaban los chicos respondones, mentirosillos, despistados u olvidadizos de alguna tarea.

A esta especie de infierno terrenal fuiste arrojado una mañana, por sabrá Dios qué. Un hermano de negro te acompañó hasta las mismas puertas y con un leve empujón te precipitó a las fauces de una buhardilla que guardaba muebles destartalados, misales inmensos, estatuas de yeso desportilladas, vestiduras roídas... aquí permaneciste paralizado, humillado, pagando tus culpas, seguramente unos pocos minutos pero una eternidad en la sensibilidad de un niño bueno. Porque, ciertamente, muchas veces cruzó por tu cabeza y tu alma el deseo de llevar sotana y es que eras un gordito piadoso e ingenuo. Usabas redondas gafas de carey, no correteabas por el patio, asistías a los retiros espirituales y ni soñar siquiera con mentir ni robar. Cómo te aterraba aquella ilustración del libro de religión, impreso en la España franquista, donde aparecía el gigantesco ojo de Dios. Después de todo, lo agradeces: fue una infancia serena en unas aulas sombrías, adormilado en sus carpetas de caoba, donde aprendiste para siempre la tabla de multiplicar y a escribir con una delineada caligrafía.

\*\*\*

Cinco muchachos era demasiado para un matrimonio breve. Tu padre era casi un cuarentón, con pinta de Tyrone Power, tenedor de libros, y tu madre una linda ama de casa de veintidós años. Las pensiones escolares y la góndola, así llamaban al ómnibus del colegio, pegaban un buen tarascón al presupuesto familiar. Y como habías recibido ya tu primera formación religiosa, según tu padre "la fundamental", se optó por cambiar a todos ustedes de colegio.

I El Mariscal Domingo Nieto era un colegio pequeño, cercano a tu casa y sin mayores pretensiones. Gozaba sí de un prestigio distrital, pues había sido fundado por ex profesores del Claretiano, enseñaba lo mejor de la Gran Unidad Escolar Bartolomé Herrera y era severísimo en materia disciplinaria, tanto como una escuela castrense. Su director era Amadeo Zúñiga, un hombre bronco y avinagrado, siempre con un cigarro entre los dedos. Es decir que pasaste del catecismo a la instrucción premilitar, mientras empezabas a mudar de aspecto, a tener amigas y a peligrar en los estudios.

Cuarto y quinto de secundaria fueron otra cosa. Lograste esa combinación extraña que gana, muchas veces, admiradores en el aula: alumno aplicado y defensor de reclamos ajenos, algo burlón, titular del equipo de fulbito y mechador. Claro que fue un periodo grato para ti. Recuérdalo: tuviste grande amigos, con ellos jugabas pelota en el Malecón de los Suicidas, intercambiabas camisas para los tonos, te reunías para estudiar Física y Química antes de una prueba, salías con las mismas chicas, te tirabas la pera para ir al cine Gardelito, te peleaste por aquello de la sortija de promoción, sacabas la cara por tu colegio y, sin embargo, un sábado por la mañana —también

con ellos— diste el espectacular golpe. ¡Después de ser un santo varón te convertiste en un ser abyecto!

Fue fácil advertir, a la mañana siguiente, el enorme forado en el techo del quiosco. Se armó el bolondrón, hubo pesquisas y amenazas, pero salvaste el pellejo por un pelo. Ahora te abochorna el suceso, también te enorgullece porque ellos fueron leales contigo: nadie abrió la boca. Tantos años que no los ves y aunque a veces un encuentro casual te demuestra que ya no es lo mismo, tú crees que el territorio más sólido de una escuela es la amistad.

\*\*\*

También como profesor empezaste en un colegio religioso. Ya sin palmetas ni cámara de torturas, corrían los aires de Medellín y Puebla, de los curas progre y de la Reforma Educativa, tu experiencia con los Hermanos Maristas del Callao fue estimulante. Eras uno de los tres profesores jóvenes que venían del Patio de Letras de San Marcos, casi tan apasionado como ellos, y con quienes publicabas a mimeógrafo *Hora libre. Revista de creación y opinión*, que alborotaba a un negado Director de Estudios.

Conociste después tres colegios, hasta que llegaste a Los Reyes Rojos. Enseñabas por entonces en un colegio pituco, del que conservas todavía algunos *memorandums* remitidos por tus actos de insubordinación por no ponerte corbata, cuando un buen día organizaste un partido de fútbol entre tu salón y su similar barranquino. Más que el 5 a 1 que les clavarón, te impresionó la traza de sus profesores, en especial de su director: *jean* desteñado, camisa abotonada con descuido, barba y pelo crecidos al uso del tiempo. Para él se hubo dispuesto silla y

mesa al borde del campo. No permaneció, recuérdalo, ni cinco minutos porque ya estaba detrás de su arco, con las manos ahuecadas, dirigiendo a gritos a su colegio.

Pocos meses después trabajarías a su lado. Aprenderías a ver la educación con mejores ojos; lo que había sido intuición y hasta temperamento, fue aclarándose y adquiriendo sentido. Sabes bien lo difícil que fueron los primeros meses. Ese colegio exigía —en términos de inspiración voluntaria—, un compromiso místico que hoy te emociona recordar. Chicos y profesores, incluso padres de familia, procuraban hacer de Los Reyes Rojos un pedazo de tierra más humano y hoy, lo notas, se ha avanzado un buen trecho...

I Ya cumpliste doce años de maestro, has sumado cientos de alumnos que soñaron como tú y estás cansado, pero te falta aprender mucho más. Por ahora solo puedes asegurar que el arte del lenguaje aprendido en tu infancia, la amistad durante tu adolescencia y el amor por educar son todos tus intentos por trascender tu soledad.

# ÍNDICE

COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA 9

FOTOGRAFÍAS DE LA ESCUELA PERUANA 10

PRESENTACIÓN 23

PRÓLOGO, JULIO DAGNINO 27

COMUNIDAD 39

CESÁREO MARTÍNEZ 41

A La Glorieta me voy

JOSÉ WATANABE 47

Sin ira y con nostalgia (mi colegio, etcétera)

GUSTAVO VALCÁRCEL 53

Orfandad en el internado

CRONWELL JARA 61

Mi niñez en la escuela

MAGDA PORTAL 67

La vieja casa y sus fantasmas

MARCO MARTOS 71

Evocación

JORGE PIMENTEL 77

Los poetas también van al colegio

PEDRO ESCRIBANO 81

Donde se inventó la palabra acariciar

REBELDÍA 87

ROSINA VALCÁRCEL 89

Bajo mi carpeta, escondida

JUAN CRISTÓBAL 99

Mi infancia y mis colegios

AUGUSTO HIGA 103

De escuelas: la mía... la tuya... la nuestra

LUIS URTEAGA CABRERA 107

Compañero inseparable de mis primeras letras

VOCES DE MAESTROS 111

ESTHER CASTAÑEDA 113

La escuela que hay en mí

JORGE ESLAVA 119

Discípulo y maestro





ISBN: 978-612-48004-3-6



Este libro reúne catorce relatos autobiográficos sobre memorias escolares urbanas y rurales, publicados entre 1982 y 1995 en la revista *Autoeducación*, dirigida por Julio Dagnino. Se incluye, además, una selección fotográfica sobre escuelas peruanas del siglo XX, preparada por Herman Schwarz.

Esther Castañeda • Juan Cristóbal • Pedro Escribano • Jorge Eslava • Augusto Higa • Cronwell Jara • Marco Martos • Cesáreo Martínez • Jorge Pimentel • Magda Portal • Luis Urteaga Cabrera • Gustavo Valcárcel • Rosina Valcárcel • José Watanabe

COLECCIÓN  
INTENSIDAD  
Y ALTURA



**Títulos de la colección  
Intensidad y Altura**

1 *Allí donde canta el viento:*  
*Antología de literatura*  
*amazónica* / Kristel Best  
Urday y Yaneth Sucasaca  
(selección y prólogo)

2 *Los escritores en la escuela* /  
Julio Dagnino (compilador)